

HUALIXTO

RAFAEL NÚÑEZ R.



Hualixto

Rafael Núñez R.

Primer título de la serie *buenas soy Eduardo*.

Bajáte *Badabumberos* y los siguientes libros en

buenassoyeduardo.com.ar

Buscáme y seguíme en Instagram,
Facebook,
Twitter y la mar en coche.

Texto: Rafael Núñez R.

Corrección: Octubre Agencia
(octubre.agencia@gmail.com)

Buenas, soy Eduardo, el de la tapa. Parece que escribir el libro no alcanzó: también tengo que escribir un preámbulo. Arranquemos por lo básico así después no vienen con acusaciones infundadas: yo acá tenía seis años pero ahora soy un boludón grande como cualquiera, así que ojito, nenes acá no.

Como te decía, yo tenía seis años, era el 97 y todavía existía Magic Kids. Pero lo único que me importaba era no perderme Dragon Ball y hacer que Luz, la nena más linda de todo Tandil, gustara de mí. Y me propuse enamorarla con un CD ROM mágico que me prestó mi amigo Nico, lo cual fue, de entrada, una metida de pata grande como una casa.

De chiquito yo era de esos nenes que llaman la atención pero no de movida, sino al rato, por lo raro. O sea me veías y era un salamín más de seis años, pirinchudo y flaquito, que le costaba pronunciar bien determinadas sílabas; pero también era muy precoz en otras cosas: matemáticas y la tecnología eran pan comido, usaba algunas palabras importantes y, más zarpado aun, no necesitaba que nadie me dijera nada para saber que era precoz y raro, y que no es común enamorarse a los seis años.

Igual, viéndolo en retrospectiva, tal vez no fuera tan inusual: hay adultos que tienen un talento zarpado para la música, pero al hablar se comen las eses. En fin.

Así estaba yo aquel día: enamorado y melancólico como una mojarrita en un charco.

Veía el cielo gris y aburrido y buscaba un pedacito celeste en un agujero entre las nubes. Pero hacía como un montón de minutos había visto el último pedazo de cielo y después nada. Qué *flacidez*, pensé para mis adentros, y dudé sobre si había usado bien la palabra flacidez.

Inestable era otra palabra que me traía problemas aquel día. Como había estado nublado y después había salido el sol, pero se había vuelto a nublar, y así varias veces; y como el suelo estaba mojado aunque no había llovido; y como hacía calor con el guardapolvo, pero si me quedaba en remera me daba piel de gallina (otra cosa que no entendía, si las gallinas tienen plumas, no piel), le pregunté a la seño Graciela qué pasaba. Y me dijo que era un día inestable nomás. Me confundió porque yo a esa edad entendía que *inestabel* era un banco con una pata más corta que las demás. ¿Cómo hacía el clima a tener una pata más corta?

Abrí la boca para preguntarle sobre lo

inestabel a la mamá de Julián, pero me quedé en el gesto. Ella seguía hablando por teléfono mientras manejaba.

El de la mamá de Juli era el primer teléfono celular que veía de cerca, eso no me lo olvido más porque me *fazinaba*. Nosotros teníamos uno que no usaba cable y funcionaba dentro de casa, pero el de la mamá de Juli tenía una antenita larga que tocaba el techo del auto cada vez que movía la cabeza, y se podía llevar a cualquier lado. *Fazinante*.

Volví a pegar la frente a la ventanilla empañada, justo cuando pasábamos frente al club al que iba mi hermano, e intenté meter la cabeza en una pecera imaginaria. Pero Luca, que se sentaba entre Nico y yo, no me dejó. Ese día Luca estaba especialmente *insoportabel*, pesado como un chimpancé en celo.

La mamá de Juli, mientras le contaba a todas sus amigas cada detallecito de su embarazo una y otra vez, nos prestaba atención, entonces Luca, que era el molesto de la clase,

se sentía libre de hacer lo que quería. Solía molestarnos a Nico, a Juli y a mí, pero se la había agarrado especialmente con Nico.

—Vos sos un boludo —le decía Luca, abriendo su bocota de dobles paletas frontales, porque le estaban saliendo las nuevas sin que se le aflojaran las de leche—. Yo, en tu lugar, lo hubiera agarrado de la poronga, y le hubiera pateado la poronga, y nunca más te molesta.

Hoy Nico había sacado el tazo ganador, pero un chico de segundo grado se lo robó y, como Nico había intentado resistirse, le había dado un cachetazo, de esos que dejan marca y te hacen doler a vos también. Nadie había dicho nada porque justo en ese momento la señora Graciela miraba para otro lado. Y así que Nico estaba en un mal día. Tal vez tenía un día *inestabel*.

—Luca, vos no le agarrás el pito ni a una hormiga —le dije entredientes, enojado.

—Hacé eso mañana, Busarda, hacé eso — insistía Luca, sacudiéndolo del codo y moviéndolo todo como a una masa inerte, ignorándome—. Hacé eso mañana, Busarda, no le des el tazo ni nada, agarrálo de la poronga, pegále en la poronga, ¿ves?, ¡así, así! —e intentaba meter la mano entre las rechonchas piernas de Nico, mientras se reía con maldad—, ¡así, Busarda, así, aprendé! ¡Lo hago para que aprendas! ¡Mañana le hacés doler la poronga y no te molesta más, Busarda!

—¡Sssshhhhhhh! —estalló Julián desde adelante, dándose vuelta de una vez por todas para retar a Luca. Tenía el corte taza despeinado por el esfuerzo de tirar del cinturón de seguridad y callar a Luca sin perturbar a su mamá. (Para Julián, las conversaciones por teléfono de su mamá eran, después de su hermanito por nacer y la tarea, lo más importante del mundo.) —¡No digas más esa palabra, Luca!

Luca se quedó perplejo un segundo, y Nico aprovechó para sacarle la mano de entre sus piernas, acomodarse el guardapolvo y volver a mirar por la ventanilla.

—¿Cuál...? ¿*Poronga*? —dijo Luca con perversidad. Cuando ponía esa cara se parecía a un sayayín malo, más con las paletas dobles.

—¡Sshh! ¡Mi hermanito no puede escuchar esa palabra, va a ser un maleducado como vos!

Luca se rio y empezó a cantar: *Una poronga se balanceaba sobre la poronga de una porooonga*, mientras Julián, exasperado, se estiraba para taparle la boca, al borde del llanto.

Yo intenté volver a entrar en mi pecera y buscar pedacitos de cielo entre las nubes, pero era tanto el ruido adentro del auto que era *imposibel*. Odiaba ese tipo de situaciones.

De repente, vi que Nico me miraba, todo triste y con los rulos pelirrojos pegados a la

frente, porque se había apoyado contra el vidrio húmedo.

—Gracias por defenderme, Edu —me dijo en un susurro, casi temblando—. ¿Estás bien?

Le dije que sí con la cabeza. Cuando ese chico grande le había sacado el tazo ganador y le había dado una cachetada, yo fui corriendo por atrás y le di una patada voladora en el culo. Y fue tan voladora que me caí al piso, y el chico aprovechó para pisarme el pecho y huir. Por suerte el guardapolvo gris disimulaba la mancha.

—Vos hubieras hecho lo mismo, Nico —dije, sintiéndome Rambo. Pero Nico negó rotundamente, girando su cabeza gorda y sus bucles colorados.

—¡Ya basta, Luca, bastaaa! —chillaba agudo Julián, peleándose a las manitos con Luca, mientras a su espalda Nico y yo nos aproximábamos para charlar.

—No, Edu. Yo soy cagón. Y gordo —
remató, como explicándolo todo.

Y encima era verdad. Nico era un cagón. Ya desde salita azul le habían hecho todas las maldades *posibels* sin que él dijera nada. Por eso había que defenderlo.

—*¡Luquita!*

De repente todos nos callamos y pegamos la espalda al asiento. La mamá de Julián había frenado el auto y hablado en voz alta, tapando con la mano el micrófono del teléfono móvil. Nos asustamos. Julián la miró triunfante.

—Llegamos a tu casa —dijo—. Mandále saludos a tu mamá, ¿dale...? —No esperó respuesta y sacó la mano que tapaba el teléfono—. Sí, Mari, como te contaba...

Luca le dio un golpecito en la frente a Juli, le tiró otra mano a Nico diciendo: «Te choreo la poronga», me saltó encima clavándome la rodilla y me dijo: «Chau, Cabezón», todo simultáneamente, mientras se calzaba la

mochila y bajaba por la puerta de mi lado, cerrando de un portazo.

—Ni siquiera le dio las gracias a mi mamá... —suspiró Juli, decepcionado. Su hermanito tenía cuatro o cinco meses adentro de la panza y él estaba loco, preocupado porque tuviera una buena educación y no hiciera pasar vergüenza a nadie. —Luca sería un muy mal hermano mayor...

—¿Viste lo que te hizo? —señaló Nico indignado, refiriéndose al rodillazo—. Es por lo del lunes, seguro.

Yo asentí. Si Luca no me había hablado en todo el viaje, era porque el lunes me había peleado con él, y yo había ganado.

—Es un tonto —afirmó Nico, mientras con una manito gorda se rascaba el codo del otro brazo—. Cualquiera sabe que Luz y-

—¡Shh! —le hice. No quería hablar al respecto. Nico entendió.

—Él es malo —susurró, a modo de disculpas—, vos peleás pero no sos malo.

Otra vez me sentí como en una película, *Duro de Matar* o *Rambo*. Sí, yo peleaba, pero no de molesto. Era valiente, como Robocop.

El lunes (después de algo en lo que no quería ni hablar ni pensar) había encontrado a Luca en el baño, vitoreado por todos los demás tarados del grado, que se reían de mí. Entonces yo estaba tan enojado que fui y le pegué en la cara y lo dejé tirado en el piso del baño.

Pero desde ese *terribel* recreo nada había vuelto a ser igual. Nadie me decía nada de frente, pero escuchaba cuchicheos y risitas mal disimuladas. Luz, la cartita, y Luca... No, pensaba en eso y me ponía rojo.

Hoy, cuando vi que Luz había faltado al cole, me sentí aliviado. Tal vez no era tan valiente como me creía...

El auto había vuelto a arrancar, la mamá de Julián le contaba las mismas cosas a otra amiga y Juli volvía a estar derecho en su asiento. Un rayito de sol empezó a calentar adentro mientras íbamos hacia mi casa, haciendo que todo el interior de felpa gris se pusiera amarillento... Hoy Gokú peleaba contra Napa, recordé por un instante, no me podía perder esa pelea.

—Edu... —preguntó de repente Nico en un susurro— ¿a vos... te gusta en serio? —Yo tuve el impulso de taparle la boca, pero después me aflojé y dije que sí, poniéndome tan rojo como él. —Entonces quiero darte algo.

Vi que Juli se movía en su lugar, curioso.

Nico alzó su mochila, y del fondo sacó un CD ROM (la seño de computación les decía CD ROM) de color verde, y me lo dio.

—Guardálo rápido.

Yo me lo quedé mirando. Era un CD ROM común, como los de los jueguitos de computadora de mi hermano y los que había en el aula de Computación. Me quedé mirando el arco iris que se formaba en la cara de abajo; me *fazinaban* los colores que hacían los CD ROM. Ese debía ser un jueguito, porque tenía un nombre raro escrito con fibrón, y aunque yo conocía todo el abecedario, me costó entenderlo.

—¿Qué es... *hu...ali...*?

—¡Sh, Edu, guardálo y te cuento!

Me encogí de hombros y lo metí en mi mochila. Juli echaba miraditas hacia atrás, tratando de escucharnos.

—Ese CD ROM te va a ayudar.

—¿Qué es?

—No sé. No me dejan usar la compu en mi casa, pero vos tenés la de tu hermano. —Nico Miraba fijamente mi mochila, como si hubiera visto algo vivo que se movía

adentro. —Se lo dio un amigo a mi hermana, pero ella lo tiró el otro día y yo lo saqué de la basura. Mi hermana dice que es mágico.

De pronto yo también miré mi mochila con interés. ¿Magia al estilo *Sailormoon*?

—Te cumple —susurró bien, bien bajito, haciendo que la cabeza de Julián se asomara del otro lado del asiento— cualquier deseo que vos pidas. Lo que sea... *Cualquier* deseo, Edu.

Me di cuenta que Nico y yo nos habíamos acercado mutuamente para hacer una «carpita de secreto», como en las rondas de chismes de los recreos. Cuando nos quedamos en silencio pudimos oír que la mamá de Juli se reía de alguna anécdota con sonidos agudos.

—¿Y cómo funciona?

—No lo sé. —Nico metió los labios para adentro y sacudió la cabeza. —Pensé en probarlo en una compu del colegio, pero no me animé. No sé qué puede pasar. Mi

hermana me dijo que no lo tenía que ver ningún adulto, que era muy secreto...

—¿Pero... será de verdad? La magia...

—Mamá dice que si creés en la magia, existe. —Nico apostaba la vida en eso, pero yo no sabía qué opinaba mi mamá al respecto. Ni qué significaba *inestabel*. —Además ¿no decís vos que tu vecina es una bruja?

—Entonces... entonces tal vez sea *posibel*...

De reojo vi que Julián nos miraba preocupado. Así que me eché para atrás, puse cara despreocupada e hice un gesto canchero.

—Gracias, Nico. Voy a ver si *convezco* a mi hermano de que me preste su compu.

Juli nos miraba subrepticamente desde su lugar. Sentí un poco de lástima porque yo también odiaba cuando me dejaban de lado en una conversación. Pero Juli era curioso como un gato en celo, no tenía que enterarse.

—Estamos llegando a tu casa, Edu, ¿agarraste todas tus cosas?

El auto pasó frente al chalet venido abajo de mi vecina bruja, se subió a la vereda de mi casa y yo bajé de un salto. El corazón de repente me latía bastante fuerte y sentía que la mochila me pesaba un poco más que de costumbre. Seguro que las cosas mágicas pesaban más. Cerré la puerta con cuidado y caminé hacia la reja sin mirar para atrás, mientras el auto metía reversa y se iba por donde había venido.

Había estado tan distraído que no había dicho ni chau ni gracias. Me lo imaginé a Julián diciendo que yo también era un maleducado y un mal ejemplo para su hermanito, y me dio algoito, un poquitito de culpa.

—¿Más agua, Emi?

No me contestó ni me prestó mayor atención, pero igual rellené su vaso y dejé la jarra sobre la mesa, bien a la vista.

Sabía que ser cortés con él no iba a cambiar nada, pero yo tenía un plan. De chiquito, como a todos, me encantaba elaborar planes, de esos que siempre fallaban y no entendía por qué. Pero este *tenía* que funcionar sí o sí: el CD ROM mágico estaba en juego.

Primero, apenas me había bajado del auto, pensé en decir algo acerca de Florencia: nombrar a su exnovia siempre lo alteraba. Pero cuando pensé un poco más me di cuenta que sólo iba a conseguir una paliza, y yo necesitaba la compu de Emi, no una paliza.

Mientras mamá servía la mesa, me vino una idea mejor: como Emi era malo y egoísta, la única forma de entrar en su cuarto y usar su compu iba a ser robándole las llaves y aprovechar las horas que iba a estar entrenando.

—Ñomo, traéme una servilleta —me ordenó mientras masticaba, desparramando pedacitos de puré y carne sobre el mantel.

Corrí hasta el cajón principal y volví con un sobrecito de jugo Tang y con dos servilletas de papel: ser *amabel* no iba a servir, pero lograr que me pegara, tampoco.

Porque Emi era una mala persona y me pegaba cada vez que podía, a veces sólo porque estaba aburrido. Se aprovechaba de que era enorme y que mamá le dejaba tener el pelo más largo (a mí me tenían cortito, por los piojos) para molestar a todo el mundo. Todos decían que tenía cara linda y rellenita, pero para mí era la cara más mala del mundo. Era Raditz, era Vegeta. Era la encarnación de la maldad, y yo lo odiaba.

—¿Me pueden llevar hoy, mami? —preguntó Emi, esta vez con tono de nene bueno y la boca vacía, mientras yo le dejaba las servilletas a un costado.

Mamá estaba en el cuarto del frente, que hace poco había convertido en su estudio de trabajo, buscando sus cosas.

—No, Emi, amor. Vas a tener que ir en bici de nuevo —se escuchó la voz que venía desde el otro lado del living—. Disculpá. Tenemos que visitar la obra hoy, así que me voy a ir antes. ¿Vas a ir a ver a Micae-

—¡Pero la concha de tu madre! —se quejó Emiliano, pegándole tan fuerte a la mesa que retrocedí unos pasos con el rabo fruncido.

—¡No hables así, Emi!

—Pero si no te lo dije a vos, mamita...

Mintió. Hasta puso carita endulzada mientras mentía. Pero claro que se lo había dicho a mamá, si siempre la insultaba.

—Igual, amor —dijo mamá viniendo hacia la cocina—, no tenés que decir esas cosas frente a tu hermano...

Emiliano me dirigió por primera vez una mirada. Una mirada de asesino. Esperó a que mamá entrara y saliera de la cocina para hablarme, en el peor tono *posibel*:

—Andáte a la concha de tu madre vos también, pelotudito...

¿Ahora yo qué había hecho? Me asustó la idea haber metido la pata sin querer, y que cuando mamá se fuera Emi me pegara. Estaba a punto de largar un alarido llamándola para pedirle protección, cuando la cara de Emi se transformó en una sonrisa burlona.

—A que vos conocés insultos peores que ese, ¿no, Ñomo? —Y se tomó la mitad del vaso que le había servido y siguió comiendo a lo cavernícola bruto.

Uf. Falsa alarma. Todo estaba en orden.

—Hoy Luca dijo «poronga» un montón —
conté mientras llenaba la jarra de jugo en la
canilla—. Yo conozco insultos pero no los
digo mucho.

—Vos decís de todo cuando nos peleamos.

—Porque te lo merecés.

Me mordí la lengua: había hablado antes de
pensar lo que decía, y me di cuenta tarde:
estaba al borde de la pileta, manos ocupadas,
de espaldas a Emiliano, y le había dicho que
se merecía los insultos que le decía...

Cerré la canilla rápido y escuché atento:
¿ruido de cubiertos contra el plato de loza, o
ruido de silla que se corría?

Por suerte no se enojó. Tal vez ni me había
prestado atención. Emi sólo escuchaba lo que
quería escuchar, como decía papá dos o tres
veces por semana.

Busqué la tijera y abrí el sobrecito de Tang
con cuidado de no cortarme un dedo; pero
antes de tirar el polvito me di vuelta y le

pregunté a Emi si todo el sobrecito iba bien en esa jarra de agua o si hacía falta más.

—Está bien, ¿pero quién te dio permiso para hacer jugo?

—Mamá —inventé. Me miró suspicaz.

Eché el polvo, revolví con una cuchara, quedaron cosas flotando, volví a la mesa llevando la jarra con cuidado y serví mi vaso hasta el borde. Casi volqué. El vaso de Emi estaba vacío, pero no se lo llené.

—A ver cómo te salió...

Tal como yo había previsto, estiró su mano peluda como la de Jaime el mandril hasta mi vaso, y se lo tomó de un trago. Eructó. Y ni siquiera se molestó en devolverlo a mi lado de la mesa, así que fui a buscarlo y lo rellené, paciente. Esta vez volqué unas gotitas afuera.

—¿Mamáaaa, vos le diste permiso a Edu para que hoy hiciera jugooo?

La puta madre con Emiliano, pensé, alterado, mientras me apuraba por embucharme los primeros bocados de puré en la boca. No lo miré pero podía adivinarlo, sentado enfrente, regocijándose al delatarme.

—No me acuerdo, Emi. Puede ser. Esta mañana estaba muy nerviosa...

La pelota de fútbol que se me había formado en el estómago se desinfló y pude tragar.

—Ñomo chamuyero... —masculló Emi, otra vez con su cara de pura maldad, de sayayín cruel, y se volvió a tomar todo mi vaso. *Éxito.*

—¿Me sirven un vasito de jugo, que ya está por venir Martín? —pidió mamá.

Él no hizo ademán de haberla escuchado, así que fui a buscar un vaso al escurridor y se lo dejé sobre la mesada.

Pero cuando vino a buscarlo se escuchó el teléfono que sonaba en el living, y salió corriendo para allá, sin el vaso.

—Che, Edu... ¿no querés jugar al rugby?

Emiliano súbitamente me miraba a los ojos, interesado. Y no me había dicho «Ñomo», sino Edu. A esa edad no sabía qué significaba aquel cambio, pero igual anduve con cuidado.

—Pero... tengo seis años.

—Podés empezar con el grupo infantil. Hay muchos de tu edad.

Sospeché de su repentino buen tono. Pensé en cómo podía reaccionar si le decía que no.

—No sé, Emi, no me gusta mucho el rugby, pero... podría probar.

Espié su reacción mientras me llevaba más puré a la boca. Parecía honestamente satisfecho. Casi tan alegre como cuando fajaba a alguien a la salida del cole.

—Veníte hoy conmigo y hacés una clase de prueba. Recién arrancaron las prácticas este año, no hay nadie que sepa jugar de verdad.

Me mordí el labio.

—No puedo hoy... El día está *inestabel*...

—*Inesta-ble*, taradito. Enano cagón. —La alegría de su cara había sido succionada instantáneamente y volvía a tener gesto de mierda. —Si sos cagón y no querés que te golpeen jugando, decílo de frente, mariquita... Ah, cierto que no podés porque ni siquiera sabés hablar bien, me olvidaba...

Mis manos empezaron a temblar, el cuchillo y el tenedor se sacudían en mis puños. ¡¿Qué derecho tenía este estúpido a decirme cagón y mariquita, cuando hacía media hora me habían dicho que era valiente por patear a un chico de segundo grado en el culo?! ¡Que no entiendas nada no te da derecho para decir esas cosas de mí, mono feo de mierda!, tenía ganas de decirle, pero me contuve. El puré y la carne picada pasaron por la garganta haciéndome doler.

—Martín está retrasado.

Mamá había reaparecido en busca de su jugo. Se la veía nerviosa. Había dicho que era la

primera vez que le asignaban un trabajo así. Me había dicho que se sentía como yo el primer día de clases. O sea, muy mal: yo lloré tres horas.

—Tenemos que estar dentro de media hora en la obra y el salamín me dice que se patinó en la ducha. ¿Por qué se fue a duchar a la hora del almuerzo, este tipo?

Yo todavía intentaba calmar mis manos que temblaban con ira. Me volví a servir jugo tratando de no volcar afuera. No podía dejar de imaginar la cara diabólica de mi hermano sobre la mesa, y soñaba que le pegaba piñas hasta dejarlo violeta...

—¿Y entonces no pueden llevarme al club?

—No, Emi, menos que menos. Estamos atrasados, ¿cómo querés que te alcancemos? Andáte en bici, que para eso tu papá te la hizo arreglar. Y lleváte el cuaderno de Matemática así estudiás con Mica.

—Pero la puta madre...

—¡La boca, Emi!

No pidió disculpas.

—Hablando de papá, Edu...

De repente fue como si se me abrieran los oídos. No me había dado cuenta, pero desde que Emi me había insultado sentía un ruidito en las orejas como si me las hubiera tapado con dos tazas.

—...me pidió que le grabaras una pelea que hay esta tarde. La pasan a las seis y media. Allá te dejó un papel con los datos escritos.

Papá, pelea, grabar.

—¿Podés encargarte de eso, Edu?

—Sí.

—¿No preferís programar la video ahora?

—Sí, después lo hago.

—Mirá que también necesito que vayas a comprar unas cosas.

—Ehh...

—Te dejé la listita y un billete en la heladera. —Señaló hacia los imanes, pero me costó seguir su dirección porque todavía pensaba cómo vengarme de Emi. —Ahí. No te olvides.

—Sí.

—¿Este boludito no sabe hablar pero ya puede leer la lista y programar la video?

—El que no sabe nada sos vos. —No pude reprimirlo. —¿Me pasás la sal, mami?

—*Maaami* —se mofó Emi.

—¿Le falta sal...?

—Apenitas nomás —dije, intentando sonar simpático.

—Le falta toda la sal del mundo a esto, vieja. ¿Qué te pasó hoy? —Mi hermano estaba de un humor *terrible*, como de costumbre. Debía de haberse enojado al saber que le tocaba pedalear.

Mamá me pasó el jueguito de sal y pimienta y tuve cuidado en fijarme qué le ponía. La última vez me había confundido y la cosa había quedado *incomibel*. Y lo mismo le iba a pasar a Emi: tratando de no reírme, le pasé el pimentero en vez del salero.

—Ah vieja, si a la vuelta voy a lo de Mica, ¿me pasan a buscar...? Dame el otro, Ñomo, no te hagas el vivo.

Mierda, pensé, alcanzándole el salero.

Igualmente las cosas no salieron tan mal, porque a Emi se le fue la mano con la sal y tuvo que bajarse otro vaso de jugo con los últimos bocados.

En este punto, aunque mi plan estaba saliendo bien, había imprevistos: yo creía que para este momento mamá ya se habría ido al trabajo, pero seguía en su estudio, y por más que Emi se había tomado un montón de jugo, no parecía con ganas de ir al baño. Debía de tener las bolas llenas de pis, pensé. No faltaba

mucho para que se fuera a entrenar, pero yo no podía perder un segundo más.

Embuché el resto del pastel de papa y me llené como una piñata; de un salto llevé mi plato y cubiertos a la piletta. Eché una ojeada a Emi, que se estaba comiendo la miga de unas figacitas y dejaba las cáscaras en la bolsa, y sin que me viera, abrí un poco la canilla. Apenitas, para que saliera un chorrito e hiciera ruidito. A mí el ruido del agua, cuando ya no me aguantaba, me obligaba a correr a un inodoro o un arbolito o a lo que fuera fácil de mear.

—¡Uy, va a empezar *Dragon Ball*! — exclamé, corrí al living y me senté frente a la tele.

Pasaron dos minutos y nada, mamá seguía en su estudio y Emi perdía el tiempo en la cocina. Su bolso estaba armado al lado de la puerta. Si simplemente lo agarraba y se iba, estaba perdido. Empezaron las publicidades en la tele. Pensé un momento en el CD ROM que me había dado Nico, pensé en... (no, en

eso no tenía que pensar), y expresí mi cerebro en busca de una idea...

—¡Emi! —llamé—, *Dragon Ball* está por arrancar, ¿me traés un vaso de jugo, porfa?

—¡No queda más!

¡Sí!

—¿Cómo que no, guacho? —pregunté, haciéndome el malo cuando en realidad me escondía tras el sofá—. ¡Ojalá te hagas pis encima durante el entrenamiento!

No hubo respuesta. Pero escuché que se levantaba, que caminaba por atrás del sofá y que se metía en el baño. ¡Genio, me sentí un genio!

Empezó la canción de *Dragon Ball* y puse el volumen al máximo: ¡*El cielo resplandece a mi alrededor!* (¡...alrededoor!)

Salté del sofá directamente sobre el bolso de Emi, sacudido por los nervios. Abrí un bolsillo lateral y encontré un manojito de

medias sucias y una cajita de fósforos. Lo cerré y abrí el otro bolsillo, y ahí estaba el llavero: un destapabotellas de calavera.

*¡Con libertad puedes cruzar hoy el cielo azul.
(¡...cielo azuuul!)*

Me saqué las zapatillas de dos taconazos y volé en medias escalera arriba, sigiloso. La canción tapaba cualquier ruido que yo hiciera, pero también me impedía escuchar la mochila del baño, así que tenía que apresurarme. Emi no se lavaba las manos después de hacer pis, así que el tiempo se reducía.

¡Cooomo si un volcán hiciera una erupción!

La primera puerta del piso de arriba era el cuarto de Emi. Estaba cerca. Tenía el póster de una banda de rock en la puerta. Poquísimas veces yo había visto del otro lado de esa puerta, y no recordaba cómo era.

¡Podrás ver de cerca al gran dragóoon!

Busqué la llave temblando de miedo, tratando de que no tintineara mucho: si Emi

me pescaba en ese momento me mataba y no había esferas del dragón que me revivieran. Una encajó en la cerradura, le di dos vueltas rápidas.

¡Shaaala, el shalá! ¡No importa lo que suceda siempre el ánimo mantenéeeee!

¡Listo! Mi plan había funcionado. Qué capo. Por Dios, qué capo. Durante años recordé esa sensación vívida, y la palabra *éxito* para mí todavía tiene de banda sonora la canción de *Dragon Ball*.

Estuve tentado en ese momento de abrir una rendija y espiar un segundo, pero sabiamente me aguanté. Bajé a las zancadas, cuidando de no patinarme, tiré las llaves en el bolso, lo cerré y salté, emocionado, sobre el sofá.

—¡Baja el volumen de esa cosa, Nomo! — me retó Emi saliendo del baño. Se acababa de reventar un granito de la frente y eso lo había retrasado más de lo previsto. ¡Qué ojete!

—¡Haré una *jenkidaaa...maaa!* —canté, eufórico como un barrabrava en celo, ignorándolo y tirándole una jenkidama imaginaria.

Bufó, se colgó el bolso al hombro, salió de casa; espíe su silueta entre las cortinas corridas, cómo agarraba su bici que estaba contra el ciruelo viejo y se iba. Chau.

Acababa de ganar la primera batalla contra el mal, me felicité *fazinado* por el resultado de mi plan. Pero la verdadera pelea por el bien y por el planeta Tierra recién estaba por comenzar, así que me senté y me callé de toque. Acababa de olvidarme de todo lo del CR ROM.

En aquella época (y por muchos años más) *Dragon Ball* iba a ser una pasión. Gokú sería el gran guía de mi vida hasta que Vegeta lo reemplazara. Y Vegeta se mantuvo hasta que terminé el secundario y fue reemplazado, a su vez, por el maestro Roshi.

Así fue siempre hasta el final de *GT*: cuando estaba viendo *Dragon Ball* podían llover meteoritos que a mí todo me chupaba un huevo.

Por eso, aunque escuché la camioneta de Martín, el compañero de trabajo de mamá que siempre la pasaba a buscar, fue como si nada porque Gokú acababa de darle un par de piñas im-pre-sio-nantes a Napa. Me había arrodillado sobre el sofá y tenía mis dos puños en el aire, como si yo también estuviera peleando por el mundo.

—¡Edu! ¿Llegó Martín?

—Eeh...

—¡Te dije que estuvieras atento, Eduardo!

Mamá bajó corriendo de su cuarto. Gokú asestó otro golpe *terribel* a Napa y lo dejó sin respiración. Cómo me gustaría poder hacerle eso a Emiliano, imaginé con satisfacción.

—Edu...

Y dejarlo tirado en el piso, medio muerto.

—...acordáte lo de papá, que graves...

Y devolverle todas las patadas que él me había dado durante mis seis años de vida.

—...el boxeo. A las seis y media. Y...

Y cuando estuviera inconsciente, me sentaría sobre su cabeza a tirarme pedos, como él me hacía cuando no estaban ni papá ni mamá.

—...la listita, Edu. Las compras. No te olvides, son dos cositas nomás y están anotadas.

Me tiraría los pedos más *gediondos* de la historia, bombas atómicas, tan fuertes que

nunca más se iba a animar a hacerme nada de nuevo.

—Te dejo el teléfono inalámbrico. Atendélo si suena. Beso, Edu, me voy.

Me di vuelta a tiempo, rápido como si estuviera haciendo un kaiokén, le di un beso en el cachete y volví a mirar la tele. Escuché que salía y ponía la llave. Un airecito húmedo y fresco se coló en el living por un segundo.

¡Qué lindo sería poder pelear como los personajes de *Dragon Ball*! Emi dejaría de ser un problema. Los chicos del colegio, no importaba que fueran de mi curso o más grandes, no se metían conmigo porque sabían que no tenía miedo de pelear. Pero con Emi no había forma, nunca le había ganado, nunca un golpe mío le había dolido de verdad. Y eso era lo que más me dolía a mí: saber que yo no podía lastimarlo ni aunque quisiese.

Tal vez era porque me llevaba diez años, y diez años, para una pelea, son muchos. Pero algún día, pensaba yo, dentro de veinte años

o más, él iba a ser viejo y yo recién un adulto, entonces iba a tener finalmente mi venganza. Sí, en mi imaginación de seis años, fajar a un viejito postrado era una imagen espectacular.

La verdad, pensé mientras apagaba la tele (conmocionado por el capítulo que iba a haber mañana, cuando Vegeta entrara a pelear), no sé por qué, cuando tuvieron la oportunidad, mis papás no lo llevaron a un orfanato y listo. Lo decía *de verdad*, y no entendía por qué todos se reían. Siempre que contaban una anécdota de él era «la vez que rompió el regalo de la tía», «cuando mordió al pediatra con su primer diente», «el día que casi electrocuta al jardinero de Fornes», «esa vez que lo suspendieron por dejar inconsciente a la portera». Y así seguía la lista de maldades que, como habían ocurrido hacía varios años, pasaban a ser graciosas.

A mí no me parecían graciosas. Eran atroces, horripilantes, eran la prueba de la verdadera perversidad de Emiliano. ¿Cuál era la gracia? Ya que no lo habían abandonado a tiempo,

habría que ponerlo preso y el mundo estaría agradecido.

Yo más que nadie. Y aunque al principio todos sus amigos se pusieran tristes, no tardarían nada en ver que estaban mejor sin él.

Eso me perturbaba enormemente: ¿por qué había tanta gente que era amiga de mi hermano? Misterio. Bah, no tanto. Sabía que Emi era una persona en casa, y otra distinta con sus amigos. En casa era cruel, malo, mandón, desobediente, idiota como Pinky y malo como el Doctor Neurus. Y con sus amigos era buena onda, el capo, el que mete goles.

El gran misterio era por qué nadie, salvo yo, se daba cuenta de esto: el verdadero Emi no era el que se ganaba mil amigos. El verdadero Emi era el hijo de puta que había aprendido a engañar a la gente lo suficiente como para que sus anécdotas de guachadas diabólicas fueran simples “travesuras”. Travesuras ¡las pelotas!

—Ah, la pelea de papá...

Volví a prender la tele y puse el canal 4, prendí la video, rebobiné el casete que teníamos ahí para grabar todo tipo de giladas y agarré el papelito con los números que me había dejado. Tapé todo con el dedo índice excepto el primer dígito, para no confundirme, y así fui programando la grabación de la pelea de boxeo. Me resultaba chistoso que mi papá, que era tan grande, no supiera hacerlo.

Apagué todo. Dejé el control remoto sobre la mesita ratona. Me metí el teléfono inalámbrico en un bolsillo del guardapolvo y miré hacia los costados... Como en *Mi pobre angelito*, no había nadie en casa. ¡Qué emoción me corría por dentro! Igualito al lunes, cuando al principio del recreo, con el aula vacía, yo... ¡No! ¡Me había prohibido pensar en eso!

Subí las escaleras y me paré frente a la puerta cerrada, sin llave, del cuarto de Emi. El cantante de la banda (yo leía el nombre como *Acide*, con un rayito como i) me

miraba feroz desde el póster clavado con cuatro chinches. Es sólo un póster, me dije, no es de verdad.

El picaporte ovalado me llenaba la mano. Estaba frío y me erizó los pelitos del brazo al tocarlo. Abrí la puerta, decidido, del cuarto más prohibido de todos. Del dormitorio de la maldad. La caverna oscura de Emiliano.

Al entrar, no puedo negarlo, me desilucioné: primero porque mi dormitorio era el cuarto más chiquito de toda la casa, y en comparación, el de Emi era un cuarto gigantesco. Al ser tan grande perdía gracia. Y segundo, era muy luminoso. Aquello era... *común*.

No sé, esperaba una baticueva, una cueva de los Goonies, un laboratorio de Dexter, lleno de las cabecitas de sus enemigos derrotados. Y, salvo por el aire con olor a sudor y encierro, no era más que un lugar desordenado, lleno de pósters de bandas y de chicas en bikinis en lugares tropicales, ropa por el piso, el placar abierto, la guitarra

contra la ventana, dos pares de botines llenos de tierra seca sobre la alfombra, una pelota de rugby pinchada, una pila de casetes, el escritorio lleno de lapiceras rotas, de hojas sueltas y cuadernos con las tapas dobladas, y una computadora. Una computadora blanca. Brillaba en medio del hedor.

Miré todo con cuidado y me acerqué como una tortuga ninja en puntas de pie, sin mover ninguna de las cosas que estaban por el piso. Me fijé que la CPU estuviera enchufada, y después corrí la silla hacia atrás, tratando de no mover los dos jeans embarrados que estaban sobre el respaldo. Seguro que la mínima diferencia que encontrara Emi iba a delatarme.

Me senté y cuando quise llevar la mano hacia el mouse, me di cuenta de que era físicamente *imposibel* hacerlo sin mover todas las porquerías que tenía desparramadas alrededor.

¡Un mapa! Con cuidado salí de la pieza de Emi y fui hasta la mía, que era la contigua.

Agarré la carpeta de Dibujo y lápices de colores y con extraordinaria habilidad dibujé todo lo que había sobre el escritorio, con flechas y referencias (había aprendido esa palabra cuando la seño Graciela nos hizo dibujar un mapa de nuestro barrio, en el cual sólo figuraban mi casa, la de Mirta la Bruja y el almacén de la gorda). Tardé bastante pero hice una obra maestra, tan preciso como un *blog* terráqueo. Otra cosa *fazinante*, el *blog* terráqueo.

Dejé el mapa a un costado y corrí todo lo que estorbaba hacia atrás, así despejé el teclado y el mouse. Me estiré para prender el CPU, y mientras se iniciaba Windows, limpié la tierra acumulada sobre el filtro cubrepantalla con la mano.

Un buen rato miré la barrita celeste del *Windows 95* iniciando. El CPU hacía un ruido bárbaro y si hubiera habido alguien en casa enseguida se hubiera enterado. Apareció el fondo de pantalla verde y, cuando esperaba que apareciera el cursor flechita, apareció un

cartel que decía *usuario: emi*, y abajo *contraseña* y un espacio en blanco.

Eso no me lo esperaba.

Las computadoras del colegio también tenían contraseña y el profe era el único que la sabía. Pero me sonreí, regocijándome, porque yo lo había espiado: seis asteriscos. Pan comido.

Debió llevarme un buen rato encontrar la tecla del asterisco. Pero cuando finalmente la vi, allá arriba a la derecha, y la presioné seis veces, me dijo que la contraseña era incorrecta. Entonces sospeché que algo estaba mal. Probé de nuevo: seis asteriscos, *contraseña incorrecta...* Apreté una «a» y vi que volvía a aparecer un asterisco, en vez de una «a».

Claro... *claaaaro*: ¡la contraseña del colegio tampoco eran seis asteriscos! No se podía ver lo que uno escribía en el espacio de la contraseña. ¡Qué sistema inteligente!, pensé asintiendo, ¡qué genios los que pensaron eso!

Solté todo el aire y patiné en la silla. Bueno, a otra cosa mariposa, chau CD ROM mágico de Nico. Sin la contraseña de Emi, hasta ahí había llegado.

«asdasfas». *Incorrecta*. «qwerisj». *Incorrecta*.
 «°12345», «1234567890», «emi»,
 «emiforbes», «emilianoforbes»,
 «asdfafhggjhfgshfghsdfsda», «!»•\$%&/()=». *Incorrecta*.

—¡Ah, ya sé!

Borré todo y apreté enter directamente, sin escribir nada.

—Contraseña incorrecta... ¡Es *imposibel*!

Enter-enter-enter-ente-enter-enter. Nada... Hice clic en un signito de pregunta que había al lado y se abrieron unas opciones, pero no tenía impresora para imprimir nada, ni sabía de qué servía «copiar». Yo sólo copiaba del pizarrón.

Me tiré hacia atrás y mi mirada vagó por el cielorraso, las paletas del ventilador, una rubia en una moto de agua, el ciruelo que se veía por la ventana, un dinosaurio de plástico sin cola, una cajita de fósforos en el piso y el osito de peluche que Florencia, la anteúltima novia de Emi, le había regalado.

—¿Vos tampoco sabías que la compu tenía contraseña, osito?

No me contestó.

—No te sientas mal por no saberla, oso. Es normal no saber las contraseñas... ¿Qué? ¡No me digas! ¿Vos también creías que eran seis asteriscos? ¡Jaja! ¡Pero mirá vos...!

Antes de que crean que tenía problemitas, les aclaro que hacía poco había empezado a pasar muchas horas solo en casa (o peor, con Emiliano) y hablar con ositos de peluche y muñequitos de Power Ranger era lo más mentalmente saludable del mundo.

El osito, por suerte, no contestaba.

Ya me había acostumbrado al mal olor del cuarto y ahora, sin idea de qué hacer, me sentía como melancólico.

Al tuntún agarré el walkman que estaba al lado y me puse los auriculares, ajustando la vinchita de plástico. Con cuidado, porque era muy grande para mis manos, puse play.

Un ruido *horribel* y fuertísimo salió del aparato, me asustó hasta las patas y me dejó sordo en un instante. Arranqué los auriculares de mi cabeza, le puse stop y lo tiré sobre las demás cosas. El corazón se me salía del pecho como les pasaba a los dibujitos animados cuando se enamoraban, casi podía verle la forma que empujaba desde debajo del guardapolvo gris. ¿Hasta dónde se habría escuchado?

Yo siempre lo había visto a Emi usarlo y creía que oía un murmullo bajito. Por eso aquel bocinazo de camión en mis oídos no sólo me aturdió, sino que estaba seguro de había llegado hasta la Conchinchina.

Esperé un minuto en silencio, ignorando el traqueteo del CPU, a que alguien (quizás la policía) llamara a la puerta de casa preguntando si todo estaba bien... No, le comuniqué al osito con la mirada, nadie escuchó nada. Fiuu...

De repente vi que abajo del walkman sobresalía algo de plástico: era un tamagochi. *Mi tamagochi*: me había costado una semana de ruegos y llantos para que papá me lo comprara, y una tarde que tuve un cumpleaños y le pedí a Emi que me lo cuidara, me lo perdió. O eso me había dicho. Que había desaparecido.

—Lo cuidaste tan bien que le crecieron patas y se escapó, Ñomo —me había dicho palmeándome la cabeza—, a veces esas cosas pasan. —Y yo, llorando, le había creído. —Como los renacuajos, igualito que los renacuajos.

Pero ahí estaba mi tamagochi, sobre su escritorio, entre pilas de basura y papeles, completamente muerto. Él lo había matado y

mamá no me había querido comprar uno nuevo. Todo *su* culpa. ¡Qué bronca!

Consolé al tamagochi acariciándolo con un dedo, me guardé el cadáver de plástico en un bolsillo y volví a mirar fijamente la pantalla de la computadora, enojado, decidido.

Encontrar mi tamagochi me había hecho preguntarme cómo hacía Emiliano para ser tan malo y eso me había dado una idea: yo no podía saber su contraseña si no pensaba como Emiliano. Como había dicho Batman en un capítulo muy bueno: para *atrapar* al criminal, había que *pensar* como criminal.

Primero: no tenía que tipear con los índices sino con todos los dedos, como Emi. Así que estiré bien las dos manos como arañas sobre el teclado, suspendidas en el aire.

Y en segundo lugar, tenía que *pensar* como Emiliano... ¿Cómo se sentiría ser Emi? ¿Qué cosas habría en la cabeza de mi hermano...?

«Okay, mi nombre es Emiliano Forbes. Tengo... dieciséis años. Soy grandote y juego al rugby en el Atlético, y sobre todo, soy malo. Soy Emiliano y soy malo: disfruto de ver a la gente con dolor por mi culpa, disfruto al pegarles a los más chiquitos, robarles y romperles las cosas, disfruto de hacer pis en la vereda de la vecina, romper ramas de los árboles, escupirles a los autos, hacer cosas malas y que la gente me perdone cuando me hago el bueno y cuento chistes».

Ya completamente mentalizado, frunciendo la frente en un gesto de villano, con los ojos cerrados y la cabeza tirada hacia atrás, tipié al azar. Abrí los ojos y di enter...

—Contraseña incorrecta...

De repente sonó el teléfono y di un salto en el lugar como si alguien me hubiera cachado in fraganti. Mi mentalización desapareció.

Fui hasta la puerta en puntas de pie y después corrí escaleras abajo. Si bien odiaba hablar por teléfono (y más con las

contestadoras), desde que mamá trabajaba era *indispensabel* que atendiera siempre y anotara los mensajes. Y que después les leyera lo que había escrito, porque nadie entendía mi letra.

Mientras levantaba el teléfono y agarraba la lapicera con la otra mano, miré por la ventana del living, para asegurarme otra vez de que nadie estuviera por entrar a casa ni nada.

—¿Buenas? —dije.

—Hola, qué tal... —Era una mujer. —¿Vos sos Eduardo?

Me pasmé y no contesté. Volví a mirar compulsivamente por la ventana. ¿No había nadie agazapado atrás del ciruelo, espiándome mientras me metía en el cuarto de Emi?

—S-¿sí?

—Ah, cómo estás. Yo soy Lucía... —¿Quién era Lucía? —La mamá de Luz.

Uy. Esta vez no me hizo falta mirar por la ventana. Es más, creo que no hubiera podido mover el cuello.

—Eh... ¿Edu?

—¡Sí!

—Luz está enferma y faltó a clases, ¿vos fuiste hoy al cole?

Las palabras de la mamá de Luz salían del teléfono como tuercas pesadas y rebotaban en mi interior como si mis órganos fueran de metal. Me sentía un robot oxidado.

—¡Sí!

—¿Me podés pasar lo que hicieron hoy, y si la seño dejó tarea? —De repente la mamá de Luz me hablaba más lento y más dulce, como si yo fuera un nene retrasado.

—Sí sí.

Me quedé con el teléfono en la mano, todavía helado. No podía creer que la mamá de Luz me hubiera llamado *a mí*, de entre

toda la cadena telefónica. ¿Sabría algo de lo del lunes?

—¿Podés ir a buscar tu cuaderno, *corazón*?

¡¿Corazón?! ¡¿Sabía que había dibujado un corazón enorme y rojo?!

—¡Sí! ¡Ya vengo!

Dejé el teléfono a un costado y fui a la cocina, donde había dejado mi mochila. La agarré y, mientras corría hacia el living, le abrí el cierre y me tropecé con la silla que Emi no había acomodado después de comer. Rodé por el piso pero me levanté enseguida, notando por primera vez (y me quise morir al darme cuenta) que tenía el teléfono inalámbrico en el bolsillo, junto al tamagochi. Fui hasta el teléfono fijo y lo levanté otra vez mientras abría mi cuaderno naranja, golpeado, nervioso y humillado.

Pero no pude decirle nada porque de repente vi que no era mi cuaderno naranja, sino el de Julián. Letra redonda, grande y que no

respetaba los renglones: Julián y yo nos habíamos confundido al guardar las cosas a la salida del colegio. ¡Qué tarados!

—¿Estás ahí, Edu? Si querés pásame con tu mamá que yo...

—¡Nonono, sísísí, ya va, ya va!

No era mi cuaderno y eso me desorientaba un poco, pero Julián era más prolijo que yo cuando copiaba del pizarrón, así que tenía que ser fácil encontrar la tarea. Me confundía que el nenita usara lápiz de color rojo para las primeras letras de cada oración y los puntos, pero al final pude encontrar lo que habíamos hecho ese día y las tres cuentas de tarea que nos había dejado la seño Graciela.

—¿Eso es todo? —Escuché el clic de una lapicera con punta retráctil y el sonido de una libreta que se cerraba. —Gracias, corazón, ya está. Muchas gracias.

Y estaba por cortar el teléfono, sin atinar a decirle nada más, cuando agregó:

—Ah, Luz te manda saludos. ¡Chau!

Tuuuuuuu.

Colgué, boquiabierto. El corazón me latía muy fuerte pero sentía un agujero en el pecho, como cuando Gokú mató de un cabezazo a Pícolo y lo atravesó de lado a lado. Igualito.

Dejé el cuaderno abierto y la mochila tirada. Ni me fijé si colgaba el teléfono o no, me daba igual: hablar con la mamá de Luz me había dado la mejor de las ideas.

Subí las escaleras mirando fijamente cada escalón. ¿A Emi podía gustarle mucho una chica? Tratándose de alguien tan malo era difícil, pero ahora lo iba a averiguar...

Me senté frente a la compu, que todavía me pedía la contraseña, y temblando de la emoción, escribí diez combinaciones de «michaela» y «micateamo».

—No, osito... —suspiré, resignado, cuando saltó otra vez el cartelito de contraseña incorrecta—. Emi no gusta tanto de Mica...

¿Osito?

El osito de peluche, indiferente, miraba la pelota espejada que había en un rincón. Había sido un regalo de la exnovia de Emi, Florencia.

Y recordaba que una vez Emi se había encarnizado conmigo y me habían tenido que llevar al médico, porque la pierna donde me había dado cien parálíticas se estaba hinchando demasiado, y mamá me había dicho que fuera *comprensivo*, que Emi se acababa de pelear con su novia y estaba mal. Que no era él... Cómo no iba a ser él. Yo lo había visto de cerca y sí, era mi hermano mayor el que me había aplastado contra el suelo y dado cien parálíticas. Se lo había explicado a mi mamá, mordiendo el cuello de mi remera y llorando maremotos de impotencia y rabia...

No me di cuenta de que tipeaba con los índices en vez de usar todos los dedos.

«florencia»

Contraseña incorrecta.

«amoaflorencia»

Contraseña incorrecta.

«florteamo»

Iniciando sesión.

—Nnn...no entiendo qué es eso —le dije al osito en voz baja cuando finalmente la computadora terminó de cargar—. ¿Foto de qué...?

La pantalla aparecía cubierta por un montón de íconos desordenados y coloridos, y de fondo de pantalla había una imagen borrosa, con marrones y rosados, muchas manos, piernas y algo que parecía mucho pelo. No lograba entender qué era.

De pronto escuché un trueno y sentí un escalofrío en la espalda. No les tenía miedo a los truenos, pero ese día todo me asustaba. Estaba *asustabel*. Por la ventana veía que otra vez el cielo se ponía negro y el ciruelo se sacudía fuerte. Estaba *inestabel*.

Sin darle bola a la primera foto porno que tuve a mi disposición en mi vida, hice clic en Inicio y se desplegó una columna de programas eterna. Emi había llenado todo de mil accesos directos y encontrar algo ahí era *imposibel*. Igual de desordenada que su dormitorio.

Sin embargo, mi vista inmediatamente detectó el diamante entre toda la basura: un ícono que decía Duke Nukem 3D.

Sin pensarlo le hice doble clic. La semana pasada en *Nivel X* habían hecho un especial del Duke Nukem y durante varios días todos los chicos del grado habían hablado sin parar de ese jueguito. Tenía tantas ganas de jugarlo como de vengarme de Emiliano y de Luca (y de Napa, porque había matado a Chaos como si nada). Qué emoción, era la primera vez que jugaba sin tener a alguien alrededor.

No supe qué hora era cuando me puse a jugar pero sé que, cuando llegué al nivel de ese monstruo musculoso *imposibel* de matar, afuera parecía de noche, y llovía. En esa

época todavía no cachaba bien la movida de la hora de la salida del sol y el ocaso, aunque sí entendía sin dramas que el eje inclinado del *blog* terráqueo alargaba y acortaba los días.

Me asusté y saqué el juego enseguida, sin guardar la partida (tenía muchas ganas de guardarla, pero cuando Emiliano la viera iba a descubrir todo y no podía correr el riesgo) y me fijé la hora en la barra de tareas: eran las cinco de la tarde. De repente se me achicó el estómago y se me erizaron los pelos del antebrazo.

Volví a mirar por la ventana: estaba negro como cuando invocaban a Shenlong con las esferas del dragón, y llovía fino y gris, como cuando Forest Gump estaba en la guerra. Al final la seño Graciela se había equivocado sobre la lluvia.

Volví a mirar la hora: con lluvia tal vez suspendían el entrenamiento de Emi y volvía antes. No podía desperdiciar más tiempo, me dije insultándome por lo bajo, así que bajé hasta el cocina, donde las cosas de mi

mochila seguían desparramadas, y busqué el CD ROM.

—Huali...lit...su. Tso. Xto... Hualit... Bah.

Subí corriendo, abrí la bandejita del lector de CD y, con cuidado y amor (no quería que se le hiciera ni un rayoncito), saqué el CD ROM de su cajita y lo metí en la lectora. Le di un empujoncito y se cerró sola.

Volví a mirar la pantalla, impaciente, retorciéndome los pies uno sobre el otro. De repente sentía que entre todas las cosas tiradas abajo del escritorio podía haber una culebra o una yarará, al acecho. Habían encontrado una en un terreno baldío cerca de casa la otra vez.

Levanté más los pies y divagué entre los íconos raros y esa imagen de fondo *inentendibel*, volviendo una y otra vez sobre el cursor en forma de reloj de arena, hasta que finalmente, después de que el CPU roncara como un tractor, se abrió una nueva pantalla.

Apareció un rectángulo marrón que decía *hualialgo* con letras ocres y mayúsculas, y abajo había un párrafo que no pude entender. Debía ser otro idioma. A un costado había un dibujo de un indio de piel marrón, poncho y mirada misteriosa, que leía un libro mágico del que salían llamas. ¡Qué emoción que me dio! El corazón y la panza me latían a la vez.

Abajo de todo había dos botones como tallados en madera: *Instalar* y *Cancelar*. Instalar. Cargó unos segundos y abrió un texto largo y otros dos botones: *Aceptar* y *Volver...* Aceptar, y apareció una barra negra cargando despacio.

Dejé de contar cuando pasó el sesenta porque todavía no nos habían enseñado los números que seguían.

Pensé qué raro se sentía raro estar solo en el cuarto de Emi. La ansiedad me subía desde la los cachetes del culo hasta la cabeza, me costaba quedarme quieto.

Miré el texto que había arriba de los botones y vi que definitivamente no era español: las letras eran extrañas, nada que ver con el abecedario. Tampoco era inglés, me dije, porque no decía *the* en ningún lado (y en inglés siempre decía *the* algo). Quizás (esto lo pensé muchos años después) era un mensaje cifrado en Symbol o alguna de esas tipografías al pedo; pero en ese momento no tuve la menor duda de que era el idioma de los hechizos.

Sólo me pregunté qué significaría el título, que era lo único escrito en letras normales. Me paré para ir a buscar el diccionario, pero me senté de nuevo: aunque podía pasarme horas viendo los dibujitos de la enciclopedia, todavía no sabía cómo usar un diccionario.

Cuando la barra llegó al cien, el indio desapareció y al segundo se abrió otra ventana que cubrió toda la pantalla. Decía *Advertencia* en el medio, después otro texto de ganchos y garabatos, y al final dos botones: *Aceptar* o *Volver*. Acepté.

Todo se puso negro un instante y un hormigueo raro me recorrió toda la espalda, como en esa broma de los elefantes que bajaban y subían por atrás y te partían el huevo en la cabeza, haciéndote cosquillas.

El ruido del CPU aumentó como si se llenara de abejas. Afuera la lluvia caía cada vez más intensa y se ponía más oscuro, en el cuarto de Emi la única luz venía del monitor y todo quedaba en penumbras.

Me concentré en la pantalla, negro salvo por el cursor tildado. Entonces, después de muchos segundos, sobre el relincho del CPU se escuchó una música de tambores y una voz profunda de chamán en trance que susurró algo como *gualichooooo* y que me hizo cagar en las patas.

Y el brujo indio se levantó frente a mí, a 16 bits, mirándome directo con ojos enigmáticos desde el centro de la pantalla, mostrado su libro mágico abierto en dos. En una página tenía un botón de madera que decía *michi* y

en la página de la derecha otro que decía *calcu*.

Gualichooo, repitió, fúnebre, pero esta vez no me sobresalté.

Pasé el cursor, que ahora tenía forma de cuchillo con un cráneo de mango, sobre el *michi* y el *calcu*, indeciso. ¿Qué significaban esas palabras? ¿Era ya parte del juego? ¿Cómo jugarlo, si no tenía tutorial, no tenía menú ni nada? ¿Tenía que ganarlo para cumplir mi deseo, como el jueguito de matemáticas de Tutankamón y la momia que jugábamos en el cole? El profe le prometía caramelos al que lo ganara (nunca nadie ganó), pero acá, cuando yo ganara, el brujo indio iba a hacer magia y me iba a conceder el deseo. ¿Sería difícil ganar? ¿Podría pedirle ayuda a los de *Nivel X*? Uh ¿pasarían mi pregunta al aire en el próximo programa? Sería genial, pensé, pero yo no tenía hasta mañana para llamar a los de *Nivel X*. Tenía que jugarlo ahora.

Decidí que había que probar algo al tuntún y si no funcionaba volvía atrás. Llevé el cursor a la derecha y apreté el *calcu*.

Al hacerlo salieron chispas del cuchillo-cráneo, se borró el botón de la página izquierda y, al pie de todo, apareció un rectángulo negro que decía *Pide tu deseo al calcu*, y un botón al lado que decía *Empezar*.

Ansioso, le di clic a *Empezar*. Pero hubo un ruido de rebote y vi que, en el rectángulo negro, había un palito titilando, para escribir. Para que pudiera tipear mi deseo. *Mi deseo...*

Qué tecnología, pensé *fazinado* frotándome un pie contra el otro de la alegría. Volví a tragar saliva, aunque sentí que tragaba viruta. Los ojos me empezaron a picar y tuve que parpadear un par de veces para sacar la imagen de la cara de Luz que se había aparecido frente a mí. Era hora de escribirlo...

Mis manos temblaban cuando puse el índice sobre la D que no llegué a presionar.

Porque de repente, de la nada, imprevista e injustamente, saltó un cartel gris que, en castellano, decía que el programa no se había instalado correctamente. A la mierda la música de bombos. *Cerrar y salir* era el único botón *disponibel*.

Hice clic y largué una sarta de insultos de los que le recitaba a Emiliano cuando nos peleábamos. Me empezaron a doler el cuello y la panza, y quería llorar de la impotencia. ¡Había estado *así* de cerquita de cumplir mi deseo con un hechizo y el programa no se había instalado correctamente, la rrrreputii...!

—Ah, pará —me dije, dejando el berrinche al instante—. Ya me acordé cómo era.

Nos lo había enseñado la hermana más grande de Nico hacía unas semanas. Fui a Mi PC. Clic derecho sobre CD ROM y le di a *Explorar*. Busqué la carpeta que se llamaba «crack» y copié el archivo que había adentro. Volví a Mi PC, el Disco local, busqué Archivos de sistema, busqué la carpeta que

empezara con «hualialgo» y pegué ahí el archivo que había copiado.

Había hecho todo con rapidez y lucidez, sin una duda. Eso, honestamente, me llenó de orgullo entonces y lo sigue haciendo al día de hoy: con seis años y descrackeando como un campeón, como un Bill Gates.

Mañana en el colegio iba a presumirle a todo el mundo acerca de mis habilidades, fantaseé, pero sabía que no podía decir toda la verdad y me empezó a carcomer la ansiedad por adelantado.

Recobré mis nervios, abrí el jueguito desde el panel de Inicio. Sonaron los bombos. Apareció el indio brujo. Cuchillo de piedra. Michi o calcu. Calcu. *Pide tu deseo al calcu.* ¡Sí!

Ahora, a poner atención: no podía tener ni un error de ortografía y eso era tema serio. Miré con cuidado el teclado, porque estaba oscuro y no podía equivocarme.

—*Deseo* —escribí y dije en voz alta, sintiendo que me empezaba a poner colorado —...*ser el...* «*mhmhm*»... —Hice una pausa porque me daba mucha vergüenza decir *esa* palabra en voz alta aunque estuviera solo. —... *de Luz*. Punto. —Sí, ese era mi deseo.

Lo miré, lo repasé, lo saboreé con la mirada. Lo borré todo y, para estar seguro, lo volví a escribir: quedé satisfecho.

Llevé la mano al mouse para apretar *Empezar* pero mi cuerpo dio un respingo porque, de repente, un relámpago gigante iluminó la habitación. Había caído ahí nomás.

Con la mirada clavada en la pantalla pero con el rabillo del ojo en la ventana, encogiéndose inconscientemente todo el cuerpo a la espera la detonación, llevé rápido el cráneo-cuchillo al botoncito de *Empezar* y cliqué.

Todo fue cuestión de instantes.

Al tiempo que saltaban las chispas de la punta del cursor cuchillo, se escuchó el trueno muy, muy cerquita.

Fue un trueno o una bomba atómica, un pedo de sayayín capaz de extinguir a los dinosaurios por segunda vez, junto con toda la galaxia.

Sonó como una montaña que se partía a la mitad, hizo temblar los vidrios de la ventana del cuarto de Emi, tambalear las paletas del ventilador, vibrar el walkman sobre el escritorio, y hasta me hizo sospechar que había caca muda en mis pantalones.

Como en un cuadro por cuadro muy lento, miré hacia afuera un instante, el cielo violeta todo revuelto de nubes violentas; y volví a mirar el monitor, donde mi deseo había sido tipeado (casi casi seguro) sin ningún error de ortografía.

Pero antes de que el indio brujo me concediera lo que había pedido, antes de que un genio saliera de algún lado, se cortó la luz.

Se apagaron todas las luces, hubo un destello blanco en la pantalla y después murió.

Durante un segundo me quedé viendo la estática rojiza en el monitor. Después hasta eso desapareció y quedé a oscuras.

De repente quería a mi mamá más que a nada en el mundo.

No era tan raro que con *tormentas eléctricas* (de chiquito algunas palabras sonaban recopadas en mi mente) se cortara la luz en casa. Papá decía que eran problemas de la *usina* (que me sonaba a castillo). Generalmente no tardaba mucho en volver, pero hacía unos años, una vez, una tormenta partió un árbol de la otra cuadra y una de las ramas cortó unos cables y nos quedamos sin luz por todo un día.

Papá entonces me explicó que la electricidad iba *por dentro* de los cables, corriendo rapidísimo, y bajaba en cada casa para que anduvieran los televisores, luces, heladeras, planchas, lavarropas y todos los electrodomésticos que usaba mamá (y mamá

le había dado un coscorrón mientras papá se reía).

Lo que voy a contar ahora todavía me avergüenza cuando sale en una sobremesa familiar, sobre todo porque lo creí de verdad hasta los siete años: aquel día había concebido la idea de que la electricidad eran pitufos.

Diminutos pitufos azules que corrían en hilera a más no poder por dentro de los cables negros, se tiraban por toboganes (también por dentro de los cables) hasta la casa de cada uno, ahí se metían atrás de la heladera y del televisor y pedaleaban, subían cuerdas, hacían girar discos y cosas por el estilo, para que los aparatos funcionaran. Por eso, la rama caída había matado cientos de pitufitos y había impedido que los otros llegaran a los aparatos. Fue un día muy aburrido, me acuerdo.

Pero ahora era diferente: yo estaba solo, estaba todo oscuro, el rayo había soltado a todos los pitufos y afuera del cuarto de Emi

debía de haber mil pitufitos corriendo como locos de acá para allá. Yo me moría de miedo y no podía parar de llorar, abrazado a mis rodillas. Lo juro, ya había desculado la verdad sobre Papá Noel, los Reyes y el ratón Pérez pero, en ese instante, los pitufos me aterrorizaban.

Llovía fuerte, se escuchaba sobre las tejas y el viento hacía chiflete en la ventana y debajo de la puerta. Mamita, ¡qué cagazo que tuve!

La angustia era mayor que cuando me peleaba con Emi y mamá no había vuelto todavía y me tenía que encerrar en mi cuarto o el baño (lo que estuviera más cerca) para que no me atrapara: el pecho me dolía por dentro y tenía algo así como un hipo que me cortaba el llanto con dolor físico.

Sin saber bien cómo, porque no veía nada, había ido a buscar al osito de peluche y lo tenía bien apretado entre las piernas encogidas y el cuerpo, así nos protegíamos mutuamente.

Estuve no sé cuánto tiempo sin moverme demasiado, llorando sin parar y sin saber qué hacer. El ruido de la tormenta ocultaba todo otro sonido y eso contrarrestaba el minuterio...

Había sido a finales del año pasado cuando me di cuenta que Luz era una chica distinta a las demás. Como éramos los más grandes del Jardín nos tocaba hacer el pesebre viviente; la seño Paola nos había repartido los papeles... y zácate, yo era San José y Luz era María. Con sus bucles rubios, sus ojos azules, sus pequitas preciosas, nadie más podía hacer de María. ¿Y por qué yo de José? Ni idea. Salvo Luca por malo y Nico por pelirrojo, cualquiera podría haber sido José. (No era como Baltasar, que le tocaba siempre al negrito del curso.) Pero la seño Paola había dicho que yo tenía habilidad para el papel porque no me ponía nervioso. Podía ir de la mano con Luz golpeando puertas que no abrían, una por una, y después quedarme ahí, quietito, mientras llegaban los pastores, los Reyes, los angelitos...

Recuerdo que esa noche, al final, me dieron nervios. Después de nuestra pequeña actuación, cuando ya no tenía nada para hacer, me entretuve mirando a Nico que hacía de vaca, a Juli que era Melchor y a Luca que era una ovejita que peleaba con su pastor. Después me puse a mirar a Luz. Tenía unas sábanas como túnicas y un cordón atado en la cintura. Y estaba *linda*. Abría bien grandes los ojos y miraba todo alrededor: la multitud de padres sacando fotos y filmando, las familias que cuchicheaban, los nenes de otras salitas, el cura gordo... todo parecía reflejarse en sus ojos enormes. Yo estaba muy cerca y nada me impedía verla, bien, bien de cerca.

Y aunque no era parte de lo que teníamos que hacer, di un pasito hacia ella, toqué mi brazo con el suyo, le agarré la manito, que estaba fría y transpirada, y me acerqué para mirar un poquitito más.

Ella se volvió hacia mí, sonrió y susurró:

—Gracias. Me siento mal. ¡Cuánta gente!

Yo no dije nada pero me quedé así hasta el final, sin poder mirar ni a los pastores ni a los Reyes Magos ni al bebé de goma ni al resto del mundo. Ahí supe que Luz era linda y que me gustaba. Y que esos minutos tomándole la mano habían sido los mejores minutos de mi vida. Y que quería más momentos como ese, con su pelo rubio haciéndome cosquillas en el cuello, con sus deditos transpirados entre los míos, con sus ojos como espejos bien cerquita para mirarlos una eternidad...

Sin darme cuenta me había ido calmando, muy de a poco. Ya no hipaba. Y aunque seguía angustiado, la oscuridad se había hecho más cálida y los pitufos, menos ruidosos.

Entonces, por segunda vez en la tarde, el sonido del teléfono me sobresaltó. Pero esta vez no venía del bolsillo del guardapolvo, donde tenía el inalámbrico. Pípipipi: sonó en la planta baja. Pípipipi.

Agarré el inalámbrico y me lo acerqué a la cara para verlo en la oscuridad. No, no estaba

sonando. ¿Por qué uno sonaba y el otro no? ¿El corte de luz tendría algo que ver? ¿Y por qué sonaba el teléfono si no había luz? ¿El teléfono no funcionaba con electricidad? Pípipipi. En es época no tenía idea.

Mamá me había ordenado terminantemente que atendiera siempre el teléfono. Se iba a enojar si se enteraba que alguien había llamado y yo no había atendido por miedo a los pitufos sueltos en la casa. Pípipipi.

Me incorporé, el osito cayó al piso y, tropezando con todas las cosas que estaban en el suelo, fui hasta la puerta. Inmóvil, pegado a la hoja de madera, escuché atentamente.

Ni un murmullo. Si había pitufos, estaban muy quietitos. Tenía que animarme, tenía que ser valiente, como me había dicho Nico en el auto. Tenía que ser como Rambo, Robocop, Gokú, las tortugas ninjas, y enfrentar el miedo.... Uno, dos, ¡tres!

Agarré el picaporte y abrí la puerta con violencia. Salté al pasillo gritando y tirando

piñas al aire como loco; grité mientras corría por el pasillo, que era una sombra *impenetrabel*, creyendo que en cualquier momento iba a pisar un pitufo y lo iba a sentir escurrirse debajo de la zapatilla (los pitufos tenían la consistencia de Sugus blandos); me frené al llegar a la escalera y, todavía gritando, pegué la cola al piso y bajé escalón por escalón, aullando como un lobo en celo, hasta llegar abajo de todo.

En ese momento ya no tenía más aire para gritar y el teléfono estaba a un salto de distancia. Crucé el living revoleando patadas. Pípipipi sonó muy cerca. Tenía que llegar rápido porque si no iban a cortar.

—¡¿Hola?! —atendí mientras me paraba sobre el sillón que había al lado de la mesita del teléfono, para estar más seguro.

—¿Hola? —dijeron del otro lado.

—¡Julián! —reconocí, feliz. Mi casa y la de Nico eran los únicos lugares a los que llamaba por su cuenta, si no su mamá hacía la

introducción. Me alivió un montón saber que era él: anotar mensajes en penumbras hubiera sido una cagada.

—¿Edu?

—¡Sí! ¡Juli, en mi casa se cortó la luz!

No supe por qué le decía eso. Julián se quedó sin contestar.

—Acá no.

—Acá cayó un rayo y ¡brruumm!, se apagó todo.

—No te llamaba por eso —me interrumpió—. ¿Edu, vos tenés mi cuaderno naranja?

—¡Sí! ¿Vos tenés el mío?

—¡Sí!

—Nos confundimos al guardar las cosas en la mochila, ¿no?

—Sí —sonaba avergonzado—, me atrasé cuando la seño empezó a cantar «*a guardar a guardar*» y creo que debo haber agarrado tu cuaderno sin querer.

Juli siempre se echaba la culpa de todo. La verdad era que yo nunca miraba las cosas que tiraba adentro de mi mochila, y menos ese día, cuando me preocupaba más que alguien se enterara de que le había dado una patada voladora a un chico de otro grado.

—¿Me lo llevás mañana?

—Sí. Vos también.

—Sí. Yo te completé las cuentas en tu cuaderno —me dijo, volviendo a sonar normal—. Hice la tarea como si fuera mía, mi mamá me dijo que hiciera eso. ¿Vos hiciste la tarea ya?

—No, estuve ocupado. Y ahora no tengo luz.

—¡Hacéla, por favor, no quiero no tener la tarea hecha!

—Sí, la voy a hacer, pero antes tengo que terminar otras cosas...

—¿Qué cosas?

Respiré por dos segundos antes de contestar. Y cuando lo hice, sentí que estaba escupiendo un montón de bolones que se me habían acumulado a la altura del cuello, y que no podía parar de vomitarlos como catarata.

Y sí, le conté a Juli sobre el CD ROM mágico que me dio Nico, cómo hice que Emi tuviera ganas de hacer pis y cómo deduje la contraseña de su computadora.

—¡Edu, sos un genio, sos *McGyver*! — exclamó, sin aliento, del otro lado del teléfono.

Nunca lo admití públicamente, pero McGyver le seguía a Gokú de cerquita en nivel de admiración: el tipo era muy capo, ojalá pudiera tirar un kame-hame-há. Y yo, que ya no le tenía tanto miedo a la casa

oscura, a la lluvia afuera y a los pitufos escondidos, sentí que me inflaba de orgullo.

—¡Y ahora, Edu, se te va a cumplir el deseo!

El orgullo se congeló.

—¿*Poqué?* —sostenía el teléfono como si pudiera atacarme repentinamente.

—¡Se te cortó la *luz*, Edu!

¡Claro!

—¡Justo cuando pedí un deseo sobre *Luz*!
¡Es obvio!

Sí, era obvio, no sé por qué no lo había pensado antes.

—¿Qué significa «obvio»? —preguntó Juli.
No supe explicarle, así que lo ignoré.

—Juli, ¿vos sabés qué hay que hacer para que vuelva la luz a una casa? Está todo negro y no puedo ver.

—No sé. ¿Si hacés que vuelva la luz, se te va a cumplir el deseo?

—Probablemente —afirmé, convencido.

—Aguantá acá que le pregunto a mamá.

Escuché que apoyaba el teléfono contra un mueble y sus pasos apurados que se alejaban. Durante el poco tiempo que estuvo ausente, sentí que algo enorme, fantasmal, como una telaraña que crecía en el aire y se adueñaba del living, envolviéndome, *invisibel*. Yo me había sentado en el sillón, pero recogí las piernas. Me alegraba estar bien contra el respaldo, porque si no algo como un esqueleto se me hubiera colgado de los hombros.

Pegué el oído al teléfono y pude escuchar, a lo lejos, a la mamá de Julián que hablaba a los gritos. Seguro que había interrumpido una charla con una amiga.

—Dice mi mamá que si sos vos solo o tus vecinos tampoco tienen luz.

Juli había aparecido de repente hablando rápido, como si llevara un vaso con agua al ras y finalmente pudiera volcarlo.

—No sé —contesté. Tuve un escalofrío de miedo al pensar en mi vecina.

—Dice que si tus vecinos tampoco tienen luz, que no hagas nada y esperes tranquilo a que vuelvan tus papás. Pero que si sólo tu casa está sin luz —seguía hablando rápido como si recitara el abecedario—, que busques la caja de la luz, que tiene una palanca, y la pongas para arriba. Que la palanca de la caja de la luz va a estar para abajo. Que la subas y entonces vuelve la luz.

Miré para todos lados, sin entender. ¿Dónde había, en casa, una Caja de la Luz?

—No entendí, Juli.

—Yo tampoco —confesó él, y su voz flaqueó. Temía que le pidiera que le preguntara de nuevo a su mamá, que acababa de retarlo porque la había interrumpido.

—¿Qué es la Caja de la Luz? —Me imaginaba una especie de cofre, oxidado y con una cerradura enorme, por cuyo resquicio salía un rayito dorado y cálido.

—En mi casa está en la pieza de mis papás —dijo—. Arriba de la cabecera, contra la pared. Seguro que en tu casa también. La palanquita es azul.

No recordaba ningún cofre en la pieza de mis papás. Tampoco una palanca azul. ¿Iba a poder darle a la palanca? En las películas, las palancas eran enormes, pesadas y oxidadas... Creo que en mi mente tenía la imagen de una escotilla de submarino: no tenía idea.

—Bueno, gracias. Voy a buscar la Caja de la Luz, a ver si puedo hacer que vuelva...

—Sí. Y después hacé mi tarea, ¡porfa!

—Sí. Chau Juli.

—Chau.

Cortó.

Yo también corté, y aunque ahora era evidente que la magia del jueguito se había activado, sentí que la casa estaba todavía más vacía que antes de que sonara el teléfono... ¿Qué iba a pasar si me atascaba en un nivel, como me había pasado en el Duke Nukem? ¿No se me cumplía el deseo? ¿Me quedaba sin luz en casa para siempre?

La preocupación me hizo arrugar toda la cara y solté un suspiro que, a mis oídos, sonó como el de mi papá cuando volvía cansado del trabajo.

La zona estaba un poco despoblada en aquella época y Mirta era, para mí, la única vecina. Su casa estaba entre la mía y el centro de Tandil, y nunca había seguido de largo hacia el otro lado del barrio: para mí, de un lado estaba Mirta y del otro, el desierto, la Patagonia, el fin del mundo. La vereda de enfrente también era territorio inexplorado, otro país aparte.

Una vez Emi le hizo una broma pesada a Mirta: a la hora de la siesta, cuando sus ronquidos llegaban hasta la vereda, Emi prendió fuego a las mechas de unos cuetes y los metió en la pila de ramas y basura que la vieja había sacado a la calle esa mañana. Salimos corriendo él, sus amigos y yo, y nos

quedamos mirando escondidos entre las plantas.

Explotaron los cuetes, que hicieron saltar unas bolsas y humear las hojas secas. Todos nos reímos, más de nervios que otra cosa, y esperamos a ver si aparecía la vieja.

Vino un minuto después, con su ojo desviado y su cara de piraña. Se movía lento y agarrándose la espalda. Parecía putear por lo bajito mientras acomodaba las cosas. Y nos sorprendió ver que, entre esas cosas que acomodaba (nadie los había visto antes) había, muertos, tres gatos atigrados.

Los agarró sin asco de las colas y los revoleó bien a la cima de basura. Me acuerdo que parecían tan tiesos como tablas de lavar ropa. Los cubrió con unas ramas, como para disimular, y se volvió a su casa. A los tres minutos se escuchaban otra vez sus ronquidos.

Cuando Emi le contó a mamá que había encontrado gatos muertos en la basura de Mirta, mamá dijo que estaba loca. Y nos

contó que se peleaba con todo el barrio, que le discutía los precios al carnicero y que intentaba robarle perejil a la verdulera. Dijo que estaba senil (yo no tenía idea de qué significaba eso, pero lo relacionaba con lo arrugada que tenía la piel, como un lagarto overo), y papá dijo que estaba completamente gagá (que tampoco sabía qué significaba, pero me sonaba al nombre de la bruja Cachavacha, y por eso yo le decía Mirta la Bruja).

Todo eso lo recordé mientras tanteaba el camino a la cocina. Tenía que encontrar la Caja de la Luz cuanto antes y terminar el juego para que se cumpliera mi deseo.

—Pero primero vamos a buscar *armas* — exclamé, y me sentí como un héroe al que le encargan una misión importantísima.

Tanteando con las manos y avanzando sin levantar los pies del todo, llevé una silla al lado de la heladera y me subí. Si tuviera un par de zapatillas de las que hacen luz al caminar, me dije, podría ver mejor, y pensé

en reprochárselo a mamá cuando volviera. Sí, le iba a pedir zapatillas con luces y otro tamagochi.

Me estiré como un gato desperezándose y llegué a tocar algo metálico con la punta de los dedos: la linterna salvadora. Con cuidado hice que se volteara y la atajé, haciendo una bolsa con el guardapolvo como cuando explotaban la piñata en los cumpleaños y había que pelearse por atrapar todas las golosinas *posibels*. Yo siempre competía contra Luca.

—¡Vamos, McGyver! —me felicité, contento, y prendí la linterna.

Un haz azulado atravesó la cocina. Los platos y vasos en el escurridor tenían reflejos de estrellitas y mi mochila desparramada por el piso me causó gracia. Apunté a la ventana, pero afuera sólo se veía negro y lluvia.

Bajé de la silla y de dos saltos me subí a la mesa. ¿La Caja de la Luz estaría en la cocina y yo nunca la había visto? Miré alrededor,

alumbrando cada cosa con la linterna y achinando los ojitos. Se sentía raro estar parado sobre el mantel y que nadie dijera nada.

—No hay Caja de la Luz a simple vista. A lo mejor está escondida.

Salté de la mesa a la mesada con la agilidad de un monito y empecé a abrir los cajones de la alacena e inspeccionarlos mejor que si buscara chocolate. Eso no se sentía tan raro como estar sobre la mesa: ninguna de las dos estaba bien, pero a menudo buscaba chocolate a escondidas.

No tuve éxito. Así que pasé al living e hice lo mismo. Miré atrás del mueble de la tele, de la biblioteca y del perchero, y saqué de lugar el cuadro de la pared por si la Caja de la Luz era como una caja fuerte, pero no. Tampoco encontré rastros de pitufitos. Entonces procedí a inspeccionar el cuartito del frente, que ahora era el estudio de mamá.

Mamá nunca me dejaba entrar. Tenía que ser muy cuidadoso, me dije, tanto como en el cuarto de Emi.

Me paré sobre la silla, que tenía rueditas y era *inestabel*, y miré alrededor. Las paredes tenían apoyadas muchas carpetas grandes y reglas, y había un estante con libros y el *blog*o terráqueo. Había un cofrecito (admito que me emocioné un instante al verlo), pero sólo era la cajita de música que los abuelos le habían regalado a mamá de chiquita.

Me perdí, abstraído, mirando el escritorio. Estaba cubierto de planos con dibujos raros. Mamá decía que eran casas, pero nada que ver. Yo le dibujé una casita con ventanas, techo, puertita, chimenea, y le dije que *así* era el dibujo de una casa, y se me rio. Todavía se ríe hoy cada vez que se acuerda, la desgraciada, pero yo creía que a mi mamá le pagaban por dibujar laberintos.

Abrí los cajones, revolví, los cerré. Del estudio pasé al baño de la planta baja, pero era tan chiquito que lo descarté de toque.

Sólo me detuve a piyar y descubrí, con la linterna, que alguien antes que yo (seguro había sido Emi) le había pifiado el chorro.

Subí las escaleras mirando el techo con atención. Nunca antes me había dado cuenta de que jamás miraba para arriba en ese lugar. Como miraba los escalones para no caerme, no sabía ni cómo era el farol de la escalera.

No me pareció útil hacerlo, pero igualmente entré al dormitorio de Emi. Lo repasé desde la entrada: no, Emi tenía mil cosas tiradas, pero no tenía la Caja en su pieza. Entonces fui a la mía e hice lo mismo: mi cuarto era diminuto, si hubiera una Caja de la Luz me habría dado cuenta hacía mucho tiempo.

Pasé por el baño de la planta alta, revisé la ducha y el botiquín, y seguí hasta el dormitorio principal. Era otro lugar que nunca frecuentaba solo. Ahora estaba emocionado porque era la última habitación de la casa y acababa de recordar que Julián me había dicho que, en la suya, la Caja de la Luz estaba en la habitación de sus papás.

Entré y apunté directo sobre la cabecera de la cama, pero la pared estaba vacía. ¡Qué desilusión! Miré el resto de las cosas: ventanas, placar (que revisé trepándome sobre la mesita de luz), repisa con fotos familiares a las que di vuelta una por una, bicicleta fija con telarañas... ¡Debajo de la cama! No, tampoco.

Por suerte el placar era impensablemente alto y no encontré forma de escalarlo, porque según me contó Emi años después (cuando yo tenía nueve y él consideró que era tiempo de «la charla de hermano mayor»), mis viejos ahí arriba escondían sus juguetitos picarones. La sola idea me traumó, y aunque Emi terminó diciendo que era mentira, nunca supe qué creer.

En fin, cuando terminé con el dormitorio de mis papás sentí una frustración enorme que me hizo subir el llanto a la garganta. ¡No podía ser! ¿Acaso no había una sola Caja de la Luz en mi casa? Me senté en el piso a lo indio contra la cama y empecé a pucherear.

¿Dónde la podía encontrar, si no estaba en ningún lado? ¡Vamos, Edu, tenés que pensar! ¿Qué parte no viste? Una Caja de Luz puede estar en cualquier parte, ¡pero en alguna la vas a encontrar!

—¡Ah! —Me paré de un salto—. ¡Pero qué idiota!

¡Estaba en el altillo! O, como decía yo, la *guardilla*.

Volví corriendo al pasillo. Había mirado el techo sobre la escalera pero no sobre el pasillo, qué nabo. ¿Cómo me trepaba? En *Los Simpson* una vez hacían algo parecido, pero la guardilla en mi casa no tenía una piola, era sólo una tapa que se empujaba para arriba.

Fui a mi pieza, arrastré la silla, me paré arriba y vi que seguía estando muy lejos, así que fui al baño, agarré la escoba de mango verde, volví y, sintiéndome un malabarista de circo sobre una cuerda, logré empujar poco a poco la tapa de la guardilla hacia un costado.

Suficiente como para pasar mi cuerpo. Qué capo.

A diferencia de lo que pasaba en *Los Simpson*, no había una escalerita para subir, así que tenía que encontrar otra forma. Y estaba a mil metros sobre mi cabeza. Entonces tuve otra idea genial y bajé, linterna en mano, al living. Descolgué todo lo que había en el perchero de pie y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, bufando y chivando, lo subí escalón por escalón, dejando marcas en la escalera que nunca pudimos sacar, y lo paré al lado de la silla. Era un perchero grande y robusto, a mi mamá le encantaba.

Dudé por un momento, pero la convicción de estar haciendo cosas para que se cumpliera mi deseo me dio coraje. Guardé la linterna en el otro bolsillo del guardapolvo, subí a la silla y escalé por el perchero, que se tambaleó horriblemente. Llegué a estirar una mano por el agujero de la guardilla y, en un último esfuerzo, empujé con los pies y pude meter los dos brazos y la cabeza y quedar colgando.

¡Victoria! Repté sobre la panza y me metí del todo.

Prendí bien rápido la linterna porque la negrura de ahí arriba era mil veces más negra que la de la casa. El aire parecía muy triste, la lluvia golpeaba más cerca de mi cabeza, el piso tenía una espesa capa de polvo.

La única vez que había entrado ahí fue con papá, que quería mostrarme que no escondían a ningún hermano gemelo de Emiliano. Imaginarme de nuevo que había un gemelo de Emi, encadenado en un rincón, me dio cuiqui.

El haz de luz me mostró una pila de cajas sucias, vigas y telarañas. Me desesperaba cuando una telaraña se me pegaba a la cara, así que tuve cuidado, puse manos a la obra y revisé caja por caja y trasto por trasto.

Sin embargo, aunque revisé cada punta de la guardilla, no encontré nada que pudiera ser una Caja de la Luz. Sólo álbumes de fotos

viejas, ropa vieja, *Billiken* viejas y mugre, kilos de mugre y telarañas. ¡Qué mierda!

Enojadísimo volví a repasar todo, consciente de que las palmas de las manos me estaban quedando negras de tanto hurgar en la suciedad, pero no podía hacer otra cosa. Estuve un rato largo allá arriba, refunfuñando y zapateando, hasta que decidí bajar.

Tendría que haberme serenado antes de hacerlo, porque resultó mucho más difícil que subir: revoleé una pata, revoleé la otra y antes de darme cuenta había pateado el perchero, las manos transpiradas habían patinado hasta el borde del agujero, los botones de las mangas se me clavaban contra las muñecas, la linterna se me escurrió y dejó de alumbrar al golpear el suelo, y mi entera humanidad de seis años y dos meses quedó oscilando como un péndulo en el aire en medio del pasillo.

Al caer, al menos, tuve el instinto de tirarme para el lado contrario al que había pateado el perchero. Así que me hice mierda contra el piso, pero no me ensarté las costillas.

Y si no fuera porque en ese momento la tormenta y los truenos recrudecieron, me hubieran escuchado gritar hasta en Gardey.

Lloré, vociferé, me hamaqué sobre la espalda abrazándome las rodillas y me arrastré sobre el piso como un epiléptico en celo, y pasé tanto tiempo en shock que, cuando me tranquilicé y noté que sólo me había torcido un tobillo, me dio un poquito de vergüenza. Dolía como la puta madre, pero el resto, salvo un poco los codos y la mano izquierda y las rodillas, estaba bastante bien. Qué lindo ser chiquito y no lastimarte así de fácil.

Pude pararme sosteniéndome de la silla, y evalué mi renguera. Decidí que podía soportar el dolor siempre y cuando encontrara la Caja de la Luz. Tanteé la linterna, que estaba a un metro, y noté que se le había salido una pila por el costado. La busqué en cuatro patas por todo el pasillo, pero no la encontré. Me empezaba a asustar y sentía que se me entumecía el pie torcido.

—Hay pilas en la cochera —recordé, intentando tranquilizarme—. Si prendo de nuevo la linterna, el dolor va a empezar a irse un poquito. Hay que hacer eso...

Con la cola en los escalones volví a bajar y, arrastrando un pie, pasé por la cocina hasta la cochera. Ahí la tormenta se escuchaba menos, pero estaba tan negro como en la guardilla.

Yo sabía que al lado de la puerta había un armario viejo con herramientas y cosas rotas. Y sabía que en la cajonerita había velas, trapitos y pilas, porque papá iba a buscarlas ahí siempre que se moría el control remoto.

Las encontré y probé la pila de un lado y del otro. Apenas encajó bien con el resorte, la linterna se prendió. Y yo quedé boquiabierto.

¡La *cochera*! ¡Ahí tenía al último cuarto!

La linterna recorrió todo el lugar en dos segundos y, a pesar de mi escepticismo, creí haber encontrado lo que buscaba... ¿Podía ser ese cuadrado blanco, con una puertita

entreabierta, pegado a la pared, la que escondía la verdadera Caja de la Luz? Valía la pena probar. No era un cofre, pero debajo de la pintura blanca se veía la chapa oxidada.

Di un paso adelante y algo, de repente, me salpicó la cara. Me sequé con la manga y escuché con cuidado: plic... plic. Había tres goteras en la cochera, aparecían siempre que llovía fuerte. Tenía que recuperar la luz e ir a poner tupperts.

Fui hasta la puertita de la *posibel* Caja de la Luz y, en puntas de pie, la abrí. Parecía la entradita de la casa de un duende. Adentro había, en el centro, un interruptor negro (¿Julián le decía «palanca» a eso?) Apuntaba para arriba. ¿No tenía que estar para abajo, así yo lo subía y volvía la luz?

Probé a levantarlo más todavía, pero no pude. ¿Bajarlo y volver a subir? Me colgué de un dedo, pero tampoco pude bajarla. No. Eso no funcionaba. ¿Había una cuarta gotera en la cochera? Esta sonaba más fuerte.

Intenté contener el puchero y el llanto, intenté recordar todo lo que me había dicho Juli, pero no me había dicho qué hacer si la palanca estaba para arriba.

Ah, sí, me había dicho algo más: que viera si había luz en lo de mis vecinos.

Y Mirta la Bruja era mi única vecina...

A pesar de mi corta edad y a pesar de que había cosas sencillas que todavía ignoraba, recuerdo que trataba con naturalidad algunos temas y términos. Como por ejemplo, la *probabilidad*. Sabía que había cosas *probabels* y otras casi *imposibels*, pero que por un tema de *probabilidades*, podían llegar a suceder.

Como esas tardes en las que el teléfono no se cansaba de sonar. Cada tanto, muy cada tanto, recibía tantas llamadas que ocupaba dos hojas del anotador. Una locura.

Y hoy parecía ser uno de esos días. No había llegado a decidirme a ir a lo de Mirta la Bruja cuando volvió a sonar el teléfono en el living.

—...laestáEdú?

Apenas levanté el tubo reconocí esa voz y esa forma acelerada de decir hola y preguntar por mí. Sólo una persona en el planeta podía sonar tan molesta con sólo tres palabras.

—Luca. Soy yo. ¿Qué pasa?

—¿Hiciste la tarea, Cabezón?

Era tan típico de Luca ser *despreciabel* en el colegio y después llamarme a mí o a Julián para que le pasáramos la tarea, porque el tarado ni siquiera la copiaba en el cuaderno. Gastaba todo el rato dibujando monigotes atroces en vez de copiar. Además, para peor, me decía Cabezón. Me daban ganas de matarlo.

—No.

—¿No? —Se rio bajito—. ¿Por qué?

—Porque no tengo luz.

—Aaah... Jiji. ¿No tenés luz, Cabezón?

—¿Qué, vos tampoco?

Hubo una pausa y otra risita.

—Sí. Yo sí.

¿Y? ¿Qué quería este?

—Yo tengo luz. Tengo *luuuuz*, Cabezón...

No respondí. No quería seguir su jueguito. Podía ver su sonrisa repugnante con doble hilera de paletas, provocándome.

—¿Necesitás algo importante, Luca? Porque yo estoy tratando de que vuelva la luz...

—No va a volver —sentenció, macabro—. No va a volver la *luz*, Cabezón. Nunca...

Empecé a ponerme nervioso y a golpear rapidito la linterna contra el borde de la mesa. No tenía tiempo para estas cosas. Mi deseo tendría que haber sido que no existiera el lunes pasado, pensé.

—¿Se te pasó el dolor de la cara, Luca? —dije, tratando de herirlo.

—No me pasó nada en la cara.

¡Qué mentiroso!

De repente sentí un aire frío en la nuca y me di vuelta asustado. Por algún lado se filtraba un chiflete de la gran flauta, que gemía como fantasma. Alto cagazo me dio.

—Che, Cabezón —ahora sí iba a decir algo—, me contó un pajarito que estás tratando de que Luz guste de vos... —De repente dejé de golpetear la linterna. —¿Es verdad? ¿De verdad podés ser tan *cagón*, Cabezón, tan cagón como tu amigo Busarda?

Estuve a punto de putearlo, pero me contuve. Apreté los dientes: decidí que no iba a decirle nada a Luca, ni una palabra.

—Uno no consigue novia con truquitos, *cagón* —repitió, y sentí que la sangre subía caliente hacia la cabeza—. Uno tiene que ir de frente, como un macho, y decírselo... —Un adulto se hubiera cagado de risa con esa situación, pero a mí me hervía los sesos. —Uno no anda escribiendo *cartitas*. Mi papá dice que eso es de *mariquita*... ¿Qué es eso

de pedir deseos pelotudos para *conquistar* a una chica, Cabezón? No se hace así, papi, no se hace así...

La voz sobradora de Luca era uno de los sonidos más difíciles de aguantar del planeta Tierra. Ya estaba a punto de estallar cuando un golpe seco en la ventana me hizo mirar a un lado: como una sombra gigante, una rama del ciruelo, sacudida por el viento, tocaba el vidrio de la ventana. Temblé de miedo, pero la vocecita de Luca volvió a abstraerme.

—¿Querés que te explique lo que tenés que hacer, Cabezón? —me preguntó, haciéndome sentir lastimoso, patético, *horribel*—. ¿Querés que te dé una manito? Mirá, prime-

—*Calláte, pelotudo* —lo interrumpí, sonando re adulto (o al menos eso me pareció) y dejando de ver la rama que golpeaba la ventana—, si ni a vos te funcionó no podés salir a dar clases. —No tenía idea si era verdad, pero de repente me imaginé a Luca declarándole su amor a Luz y me pareció muy real. —Y tampoco tenés que creer todo

lo que Julián anda contando. Porque si supieras las cosas que cuenta de vos —¿Por qué no matar dos pájaros de un tiro?— le pedirías a tu mami que te cambie de colegio.

Hubo una pausa eterna. Se escuchaba la tele prendida del otro lado, mientras que en mi casa sólo se oía el viento y el árbol. Luca no sabía que decir, no sabía *qué* decir. Esa satisfacción me consoló, hasta que de repente:

—¡Sos un puto!

Estuve a nada de decirle *puto vos*, pero cortó primero. ¡Qué grandísimo hijo de puta!

Colgué con mucha violencia, aplastando el teléfono contra la base. Y no me di cuenta, pero hice lo mismo con la otra mano, y estrellé la linterna contra el mueble.

¡La concha de la lora con Luca!

Lo insulté un rato largo mientras juntaba los cachitos de linterna a gatas por el piso, pero no hubo caso, estaba destrozada. Así que me resigné mientras mascullaba insultos y unos

lagrimones me corrían por los cachetes. Necesitaba una luz para ver dónde estaban las goteras de la cochera, balbuceaba, medio ido.

Me dije que debía concentrarme en las goteras. En las goteras y en ordenar el cuarto de Emi para que, cuando volviera, no sospechara nada.

No tenía que pensar en Luca ni en cómo me iban a cargar en el colegio: si ya habían hecho tanto alboroto por lo del lunes, ¿qué iban a decir cuando Luca divulgara lo del CD ROM? No le tendría que haber contado nada a Julián, si siempre supe que era chismoso... Por eso, mejor ocuparme en las goteras.

Volví a la cochera pisando con mi tobillo dolorido, vi las cosas de mi mochila que seguían desparramadas, pensé en cómo le iba a pegar a Luca apenas pudiera, y saqué una vela del mismo cajón de las pilas. Tenía que prenderla. Ahora necesitaba fuego. ¿Dónde había fuego en casa?

Sabía que no iba a funcionar, pero intenté usar el encendedor de la cocina: aquel invento, estaba convencido, no servía más que para magullarme los dedos. Jamás había podido usar un encendedor. No sabía cómo papá y mamá lo usaban con tanta facilidad. La ruedita simplemente se negaba a girar rápido, y el pedalcito de plástico ni sabía de qué servía. Hice girar también las perillas de las hornallas, como hacía mamá cuando cocinaba, pero no salió fuego de ningún lado.

Entonces tuve otra idea. Me acordé de la cajita de fósforos que había visto en el cuarto de Emi. Los fósforos eran un poco más fáciles de usar que los encendedores.

Así que emprendí camino, apoyándome contra las paredes, hacia la planta alta. Otra vez tenía la sensación de que la casa estaba llena de telarañas gigantes, y tenía que ir abriéndome paso con una mano para ir tranquilo. Pero los pitufos, por algún motivo, eran cosa del pasado.

No hacía mucho, a principio de año, me pasó que después de gimnasia me quedé encerrado, sin darme cuenta, en el armario de las pelotas y los conos. Lo primero fue desesperarme, pero apenas me calmé, me di cuenta que había una rendija por la que podía pasar una mano. Así que me tiré en el piso, asomé la mano al otro lado y esperé a que alguien la viera. La profe de gimnasia de secundaria me encontró, me sacó y nadie nunca se enteró de nada. Ni Juli. Había sido... *elegante*. Y así mismo tenía que ser hoy. Volvía a pensar claro: prender la vela, poner tupperts abajo de las goteras, ordenar el cuarto de Emi, hacer que vuelva la luz, o en su defecto, esperar.

Una vez en el dormitorio, ayudado por algún que otro relámpago aislado, fui tanteando y corriendo las cosas del suelo. Encontré la cajita de fósforos y volví al pasillo, acomodé la silla y paré la vela en el asiento, me arrodillé adelante y abrí la cajita de fósforos. Pero adentro encontré una bolsita de plástico con una yerba rara (¿quién querría tan

poquita yerba?, me pregunté imaginando un mate para pitufos) y *otro* encendedor más. No había fósforos, ¡qué engaña pichanga! Pero este era un encendedor chiquitito, como más a mi tamaño, observé.

Así que me encogí de hombros, dejé la bolsita de yerba rara abajo de la silla, e intenté usar el encendedor; y aunque desconfiaba, lo logré: una llamita brotó de la punta. ¡Qué máster! Pero apenas lo acerqué a la vela, se apagó. Y así me pasó otras tres veces.

Y ya me estaba poniendo chinchudo cuando, al quinto intento, de repente, sin preámbulos ni avisos, el encendedor que sostenía entre mis dos manos, explotó.

Con los años fui incorporando a los Pacheco de la otra cuadra dentro de mi rango de conocidos, me familiaricé con los Moyano y me empecé a saludar con sus enemigos mortales: los Acosta, que vivían al lado y hacían fiestas cada dos por tres. También, años más tarde, se construyeron más casas en lo que ahora era un gran terreno baldío, pero a esos nuevos vecinos sólo los iba a conocer de cara. Pero igual, repito: a los seis años Mirta la Bruja era la única vecina que existía.

Y cuando explotó el encendedor yo me quedé paralizado. Ni atiné a llorar. Pero creo que ninguna de las cosas que habían sucedido esa tarde me había afectado tanto.

Estaba *aturdido*. O sea, un *encendedor* había *explotado* entre mis dos manos. Podía haber *muerto*. O *casi*.

A pesar de que estaba más aterrado que cuando me escondía de Emi, pensé seriamente un instante antes de actuar: la casa de Mirta la Bruja era vieja, estaba sin cuidar y era fea fea. Tenía yuyos por todos lados, la pintura se le caía y un par de ventanas tenían los vidrios rotos porque Emi los había apedreado hacía unos años y, en vez de arreglarlos, Mirta les había pegado unas bolsitas de supermercado con cinta scotch. ¿Qué clase de persona va a pedir ayuda a una casa así?

Uno desesperado. Y yo, aunque repito que no lloraba, me sentía realmente desesperado.

Así que bajé, rengueé hasta la puerta de calle, agarré un paraguas del paragüero y llevé una mano al picaporte. Sentía las dos manos como adormecidas, con la piel dura en las palmas. Tenía miedo de mirarme las palmas y encontrarlas carbonizadas, mutiladas.

Afuera seguía lloviendo finito, así que abrí el paraguas. Cada movimiento que hacía con las manos sentía que sufría, no sé si me dolían realmente, pero era como un herido de guerra que se vale por sí mismo porque nadie lo va a rescatar. Y caminé lento, escuchando la llovizna contra la tela negra del paraguas, por el senderito inundado al lado del ciruelo que se zarandeaba, hasta la casa de mi vecina.

Me paré frente a la verjita de madera desvencijada. Se veía un tenue resplandor naranja atrás de las cortinas de una ventana. Se olía el pasto crecido y mojado, y los charcos de barro.

La vieja tenía una campana en vez de timbre, y como no quería que los nenes chiquitos la jodiéramos jugando al campanazo-raje (mil veces mejor que cualquier ring-raje), la piola estaba bien alta. Dudé.

De repente la lluvia volvió a golpear con más fuerza y me temblaron las rodillas al recordar esa cara que parecía de piraña.

No. Si había sido capaz de levantarme y caminar hasta ahí después de la explosión, podía volver y arreglármelas solo. No tenía por qué decirle nada a la vieja bruja, no me iba a ayudar, sólo iba a intentar *comerme*. Sí, eso, *comerme rostizado*.

Y un rayo zarpado, casi tan fuerte como el que había cortado la luz, cayó desde arriba derecho hacia atrás de la casa de Mirta. Ya está: si necesitaba alguna señal, era esa. Le di rienda suelta al cagazo y corrí como poseído y me metí en casa. La puerta se cerró de un golpazo, el viento volvía a azotar con inquina.

Una vez adentro, el eco del portazo se superpuso con otro ruido. Un sonido que ya me tenía las pelotas por el piso: el teléfono.

Durante los segundos entre dos pípipipi del teléfono, desvanecido ya el eco de la puerta, pude percibir la casa entera, oscura. La notaba distinta. Oía claramente el chiflete que se filtraba por abajo de la puerta, los arañazos del ciruelo contra la ventana y las cuatro goteras. Podía sentir cómo todo goteaba,

como si en vez de una casa fuese una caverna húmeda y primitiva. Olía la humedad. Se sentía por todos lados. Así de claro como había imaginado los pitufitos, veía ahora la humedad que se deslizaba por las paredes, por la fórmica del mueble del teléfono, por la cuerina del sofá frente a la tele, por toda mi cara.

Y el pípipipi del teléfono resonaba en cada cuarto, se alejaba rebotando en la penumbra.

—Buenas.

Esta vez no fue una pregunta. No quería saber nada, sólo quería que dejaran de llamarme a casa.

—Hola. ¿Sos vos, Edu?

Era Nico. Lo reconocía porque hasta su vocecita era gorda y pelirroja.

—Sí, Nico.

—Me enteré de lo que pasó...

¿Julián era incapaz de mantenerse callado?

—...y quería saber si había funcionado...

No sé por qué, en ese momento sentí un nudo y tuve que hacer mucha fuerza para no llorar de paradito.

—No, Nico... No. Todo está mal... La casa está oscura y mojada, casi me muero de un granadazo —No era de versero, en mi mente era casi lo mismo—, la vecina es una bruja que mata gatos, se me rompen las cosas, me llama Luca para burlarse de mí, me duele mucho el tobillo...

Y ahí me tuve que callar porque si no me ponía a llorar de tanta pena que me daba a mí mismo. No podía hacerlo frente a Nico, la única persona que me admiraba de verdad.

—Entonces, Edu —dijo su vocecita, tan gordita y pelirroja pero tan sincera— es que *todo va bien*... ¿No es así? El juego está funcionando, ¿o no?

Me tragué el nudo de llanto. ¿Era así?

—Como en *Jumanji*... —susurré.

—Como en cualquier juego, Edu —susurró Nico también—, los niveles finales son los más difíciles.

Era la posta. Nico tenía razón.

—Por eso es que te dan varias vidas —continuó, emocionado—, porque el nivel final es muy difícil... Pero yo sé que podés, Edu. Vos... —Sentí que el teléfono temblaba en sus manos igual que el mío temblaba en las mías—, *vos podés cualquier cosa...* Estoy seguro.

Algo dorado y calentito (que no era pis) empezó a llenarme todo por adentro, desde la panza para arriba. Apreté los labios para no llorar, pero esta vez era otro tipo de llanto.

—Vos podés ir y derrotar a esa bruja, Edu.

Su vocecita me estaba hinchando. Me hacía grande.

—Y también podés ser el novio de Luz. Como el Mario Bros y la Princesa.

Era un gigante. Crecía como el mismo Mario Bros cuando comía un hongo. No me dolían las manos ni el tobillo, era un superhéroe.

—De eso no hay duda, Edu... Vos sos el mejor amigo que tengo, y yo sé que vos po...

Pero una cosa siniestra cortó mi estirón anímico y apagó la voz de Nico: como si de nuevo alguien activara el cuadro por cuadro, vi que las ramas del ciruelo, que empujaban la ventana cual manos de muertos levantando la tapa de su ataúd, se flexionaban, se tensaban y penetraban el marco, haciendo volar vidrio en todas direcciones.

Y vi que se metía adentro de casa. Todo el árbol, con un crujido de bestia infernal, saltó adentro del living, entre la puerta de entrada y la del estudio de mi mamá, y se desplomó, herido pero peligroso, sobre el piso, retorciéndose sobre un charco de agua y vidriecitos que reflejaban relámpagos.

Mi cuerpo reaccionó como un elástico de acero y antes de darme cuenta había soltado el teléfono, pasado por arriba del sofá, tropezado con mi mochila y brincado sobre la mesada de la cocina, haciéndome bien, bien chiquitito, y usando mi cartuchera de dos pisos como escudo. Ya no pensaba.

Desde ahí, acurrucado, veía por una rendija de la puerta las últimas prolongaciones del ciruelo demoníaco que, sin terminar de morir, husmeaba el suelo por acá y por allá, acercándose a las cosas desparramadas del cole, buscando mis huellas, ansioso por devorarme.

Histérico, dejé mi escudo, empuñé un cuchillo que palpé a mi izquierda, y apunté amenazante hacia el living. Percibía un olor extraño y picante en la nariz. Sospeché que era la *fetidez* de aquella bestia.

Y sin sentir algo que yo identificara como miedo, sino como una valentía demente, empecé a gritar, a apuñalar el aire usando las dos manos, y por último a golpear los fierros

de las hornallas para hacer mucho ruido y asustarlo. Era mi única defensa.

Lo que ocurrió a continuación (y que pude comprender recién años más tarde) sucedió todavía más rápido y tuve mucha menos consciencia de lo que mi cuerpo hacía, porque reaccionó por sí solo: de repente comencé a vivir una sucesión de eventos en los que mi cerebro simplemente no quería participar.

Fue así: en un instante, un par de golpes levantaron chispas. Yo me noté un poquitín mareado, pero creí que tal vez fuera porque gritaba sin parar a tomar aire.

No llegué a golpear muchas veces, porque el quinto golpe, en vez de una chispita, provocó un fogonazo sobre las hornallas, adelante de mi cara, un fogonazo amarillo y azul más alto que yo, que me quemó las cejas y me hizo arder toda la cara y las manos, que me encandiló, que se llevó el aire de mis pulmoncitos.

Cuando me di cuenta que había pasado algo mil veces peor que la explosión del encendedor, yo ya estaba bien lejos, mirando las dos hornallas prendidas, azules y chiquitas, de la misma forma que se mira a un asesino que acaba de pifiarnos una estocada y decide hacerse el boludo.

Tuve una fugaz visión de la cocina iluminada por aquellos fueguitos redondos, diminutos en comparación a la bola de fuego que acababa de morir, y de toda la cocina bailando con destellos tímidos y grandes sombras burlonas.

Pero no me detuve a mirar nada más. Supe que estaba vivo de puro milagro y, sencillamente, lo siguiente que hice fue ir a paso raudo, con el ceño quebrado y la boca seca, decidido, sin renguear, hasta el living, esquivando los zarpazos del ciruelo; agarré el paraguas, abrí la puerta de entrada y me dirigí, inclinado para no ceder ante el ímpetu del viento, a lo de mi vecina, Mirta la Bruja, dispuesto a perder mi última vida en un

intento desesperado de ponerle fin a este juego de locos.

La tormenta estaba *terribel*. El agua que caía intentaba hundirme en un charco y el agua que rebotaba en el charco me mojaba la pera desde abajo. Era tal cual contaba Forest Gump.

Así y todo estuve firme durante medio eterno minuto, delante de la verja, mirando la luz naranja y dormida que había en algunas ventanas. No era luz de velas, pero tampoco luz de la normal. Apenas dejaba adivinar el jardín descuidado y la chatarra acumulada a un lado del caminito.

En mi imaginación me encontraba ante el castillo embrujado de mi último rival y yo tenía que comportarme como el héroe que era. Sabía que el brujo indio me observaba allá, desde el CPU... A pesar de la lluvia, cerré el

paraguas, lo di vuelta y usé el mango curvo para tirar de la piola de la campana.

El sonido hizo que me estremeciera y sentí el impulso de correr lejos, traicionarme a mí mismo. El eco del tañido fue largo, se lo llevó el viento de una ráfaga. No pude evitar el tiritar cada vez más fuerte. La vieja tardaba en salir, iba a tener que llamar otra vez...

Vi una luz finita abajo de la puerta de la casa, que parecía abandonada al huracán, y finalmente, sin apuros, se abrió.

Mirta la Bruja estaba con uno de sus vestidos largos y desteñidos, un saquito gris y mugroso, medias remendadas hasta las rodillas, pantuflas raídas y, en la cabeza, un gorrito como los de las duchas. En una mano sostenía un farolito sucio que oscilaba tenebrosamente, haciendo que las tablas de la verja estiraran sus sombras por toda la vereda.

Me miró desde allá con gesto tacaño. Ahí estaba ese ojo desviado que tanta risa le daba a Emiliano. Ahí estaba la cara de piraña, más

acentuada que nunca, con el mentón hacia adelante y la nariz achatada.

Yo le sostuve la mirada, no sé con qué jeta porque no podía dominar mis músculos faciales ni sabía a qué ojo mirar. No dije nada. Nos miramos así un ratito hasta que finalmente hizo un gesto con la mano, vago, invitándome a pasar. Las manos le temblaban como si siguiera una música *invisible*... Ese pensamiento me hizo apretar los dientes: ¿la música, cuando no se la podía escuchar, era *invisible*?

Saqué la trabita de la verja de madera, pasé, volví a cerrar ceremoniosamente (sabía que me vigilaba) y caminé hasta ella. Me acababa de dar cuenta que ya no tenía el cuchillo de cocina en las manos. Hasta ese momento creía que lo estaba sosteniendo, pero tenía el puño vacío. Hoy lo agradezco, porque en ese momento era capaz de haberla saludado con una puñalada en el bajo vientre.

De cerca, el ojo desviado causaba más impresión. Y con la luz del farol bamboleante,

me daba asco. Me hizo pasar adelante y cerró la puerta con un chirrido lento.

—E'uardo, ¿no?

Su voz me dio escalofríos en la nuca. Era cascada y le temblaba como las manos.

Asentí.

—'Ejá el para'uas ahí. Vení a la cocina que 'tá el sol de noche —murmuró, dándome un empujoncito en la espalda para que avanzara.

¿Sol de noche? Eso sí que se trataba de algo de brujas. Si destruía eso, ¿ganaba el juego?

No pude ver casi nada del pasillo que llevaba hasta la cocina, porque las sombras eran muchas y se movían sin parar, pero alcancé a vislumbrar unos sillones cubiertos de trapos, apoyados sobre pilitas de libros de tapas dura que les daban altura. Libros de magia negra...

La cocina estaba mejor iluminada. Tenía ventanas mugrosas, cajoneras de madera por

todos lados, una mesa redonda en el medio, con una garrafa y una lámpara blanca arriba, cinco sillas distintas ente sí y alacenas que olían a comida vencida. Y había otro olor, igual que en la sala de maestras del cole, a cigarrillo mojado. En un rincón colgaban ramas secas y algunos yuyos. Había una canasta de mimbre llena de porquerías que ni pude reconocer. Sólo faltaba un gato negro, vigilante.

Mirta me dio una toalla desteñida y con agujeros para que me secara y me invitó a sentarme sobre una silla de paja, pero me pareció que podía partirse, así que elegí una de madera maciza. Las puntas mojadas del guardapolvo me enfriaron los muslos.

—E' la primera vez que venís, ¿no?

Asentí otra vez. No tenía que seguirle la corriente o podía *sucumbir*.

—A tu hermano l'invité algunas veces, apenas se mu'aron —dijo, despacito, mientras ponía agua en una pava enorme de lata—,

pero 'espués me cansó... No sé qué opinás d'él, pero siempre me pareció un malcria'o... No necesariamente es culpa de tus *papis*. — Me resultó muy raro que usara esa palabra. — Pero 'espués de lo que hizo la última vez, juré que no lo iba a 'ejar pisar nunca más mi casa... Ese piel 'e Ju'as...

Quedé boquiabierto. Era información nueva para mí que Emi hubiera visitado alguna vez a la Bruja, y que hiciera juramentos y mencionara el pellejo de alguien despertaba la parte más macabra de mi imaginación. Y con su forma pausada y temblorosa de hablar, me dejaba imaginar muchas cosas macabras entre palabra y palabra.

—Supongo que esa historia la conocés... — dio por sentado, y como estaba de espaldas a mí, no me vio negar—. Estaba por hacerme una sopita, ¿queré'? ¿O preferís un té?

Se giró un poco y me miró. Así, sin llegar a estar de perfil y girando el ojo bueno todo lo que podía, hacía un gesto muy amenazador, así que asentí como espástico.

—¿Sí *qué?* ¿Sopa, o té? ¿Te comieron la lengua los ratone'?

No importaba que mi papá hubiera dicho mil veces lo mismo, en boca de Mirta lo de los ratones sonaba a amenaza seria. Como si abajo del gorrito de ducha escondiera un nido de ratas rabiosas.

Obligado a responder algo, pensé que tenía menos posibilidades de envenenarme con un té que con una sopa, así que dije tímidamente:

—Té...

—'Tá bien, ¿cedrón, manzaniya, boldo, tilo, malva, con jengibre, sin jengibre...?

Aturdido por la lista de ingredientes que podían matarme de mil formas distintas, negué y negué.

—Té común entonces, 'ebo tener alguno.

Se estiró a una alacena y sacó una lata vieja de adentro, pintada con nenes vestidos a lo antiguo bailando en círculo junto con sapos y

lechuzas; y con esos dedos temblorosos y de nudillos deformes, sacó de adentro un saquito apolillado y lo tiró en una taza azul que tenía una parte cascada en el borde. Me recordó a las de la sala de maestros del colegio.

—Güeno... mientras yo hago la sopa po'és contarme qué pasa —dijo mientras llenaba un gran caldero con agua—. Viniste por el corte 'e lu', ¿cierto...? Por suerte esta casa vieja está equipa'a con cosas viejas y no me afecta tanto, ja, ja, jaa... —No fue la risa espeluznante de bruja que esperaba, pero fue tan lenta y raquítica que me dio un chucho bárbaro. Y la forma en que señaló alrededor, con esa mano huesuda como un nudo de árbol, hizo que la cocina se llenara de espíritus que me observaban con curiosidad, cada uno en su rincón.

Mientras se agachaba dándome la espalda para encender una especie de hornalla que salía de una garrafa oxidada, pude ver que se movía de un modo extraño, de costado, como si estuviera entumecida. De chiquito yo no

entendía que alguien tuviera dolor en el cuerpo: para mí el reumatismo era simple parafernalia de endemoniado.

No le contesté a qué había ido. «Vine a vencerte» no sonaba serio. Así que me limité a observarla: ahora usaba hábil (y siniestramente) el cuchillo para trozar verduras y descuartizar pedazos de un pollo hervido que sacó de su heladera vieja, que funcionaba a pesar de la falta de luz. Brujería, cada vez había más brujerías a la vista.

—Güé', pero si invité a un gran conversa'or. —Esa ironía sonaba tan lúgubre que tuve que agarrarme fuerte a los bordes de la silla. —Bah, aunque yo era así a tu e'ad también...

Con ese «también», que terminó en una lenta exhalación de vieja cansada, sentí que el aire se volvía frágil y empecé a sentir un fresquito por la ropa mojada.

Mirta la Bruja siguió cocinando su sopa, atenta a la pava que empezaba a chiflar y

obnubilaba mis oídos, y yo apreté las manos alrededor de la silla de madera, con el cerebro súbitamente lúcido, maquinando como locomotora en celo.

Tendría que haber traído el cuchillo de casa. Y tendría que haber dejado un mensaje avisando que me venía a lo de Mirta, para que pudieran encontrar el cadáver. ¿Qué hora era? No debía faltar mucho para que volvieran Emi, papá y mamá. Iban a encontrar todo hecho un desastre y yo, desaparecido. Si me comía la Bruja, ¿encontrarían al menos mis huesitos? Capaz nunca volvían a saber de mí, si me enterraba donde enterraba a todos los nenes que se había comido a lo largo de los años...

Miré abstraído los temblores de manos de Mirta, que a veces parecía que se le pasaban a todo el cuerpo, y sacudí la cabeza: no iba a perder el juego. ¿Pero de qué forma derrotaba a esa vieja? ¿Qué es lo que tenía que hacer? En los juguitos de computadora siempre es

más claro: matar a tiros, apuntando a un lugar específico, con una pistola...

Pero a papá no le gustaban las pistolas, le gustaba el boxeo desde que veía *Titanes en el Ring*. Además las pistolas no servían contra las brujas, me acordé: se derretían con agua pero los tiros no las mataban. Tampoco servía agarrarme a las trompadas. A veces hay que encontrar un arma adecuada para ganar... ¿Algo de la cocina? ¿El paraguas? ¿El caldero? No veía nada adecuado. Aunque me llamó la atención una carita redonda de metal que había sobre un estante al lado de la heladera.

¡Ajá! Otras veces (se escuchó una ovación en mi cabeza) para ganar, hay que resolver algo con *pistas*. ¿Este era un jueguito de tiros o de *enigmas*?

Con grandes dificultades (a esa edad, atar cabos es una cosa tan extraordinaria como enamorarse) fui desculando acontecimientos.

Desde que se había cortado la luz había pasado por mil problemas y había ido tratando de solucionarlos. Me mordí el labio al darme cuenta de que no había ganado todos los niveles. Sin embargo, si había llegado hasta acá, debía haber alcanzado el puntaje mínimo en cada uno. Respiré aliviado.

Sí, me dije, era un juego de enigmas. Y podían ser los más difíciles. Sin embargo me relajé al pensar que no tenía que *matar* a la bruja, sólo tenía que derrotarla *inteligentemente*.

Pero necesitaba más pistas. Me di cuenta que toda la tarde había estado recibiendo ayuda: cada llamado telefónico me había dado pistas. En los juegos era así: hablando con otros personajes o encontrando objetos, uno podía seguir adelante. Lo último que había aprendido era que tenía que vencer a la Bruja, pero nada más... Tal vez tenía que volver a casa, derrotar al monstruo que se metió por la ventana y regresar acá con un palo...

Yo me había quedado tildado, con los ojos clavados en esa carita metálica que había al lado de la heladera. Era bien redonda, poco más chica que mi mano, medio amarronada, con ojitos abiertos y orejas redondas. En ese instante hubo un chispazo y, por menos de un segundo, la lamparita del techo de la cocina parpadeó y volvió a quedar a oscuras.

—Ya 'tá el té. —Di un respingo al ver a la vieja, que me había cachado viendo aquella carita de metal mientras me servía algo humeante en la taza cascada—. ¿Así o con azúca'...? Bah, sólo los viejos tomamos sin azúca', ¿no?

La vi poner tres cucharaditas, con tres golpecitos cada una, de una azucarera de cerámica que parecía viejísima. Y dejó la taza sobre la mesa, frente a mí. Era como la bruja de Hansel y Gretel, endulzándome antes de manducarme.

Ni pensé en tomarlo. Jamás. Tal vez si lograba volver vivo a mi casa ya ganaba el juego.

Volvió junto a la hornalla, revolvió su caldero de bruja un par de veces y puso el fuego bien bajito. Después vino hacia mí y se sentó en otra silla, mirándome lentamente con su ojo bueno, mientras la pera se movía de costado acompasadamente. Se me puso la piel de pollo y los pelitos tironeaban de la ropa mojada.

—¿Te gusta ese prende'or indio? —me preguntó, señalando con la cabeza a esa carita redonda de metal—. E' antigua orfebrería aborígen... No sé si será tehuelche, ranquel o qué, aunque quizá la trajeron del norte...

Aunque palabras como «ranquel» me sonaban, no supe de qué hablaba y algo se debió de reflejar en mis gestos, porque añadió:

—¿Queré' que te cuente cómo yegó hasta mis mano'...?

Me seguía mirando fijo, así que asentí con la cabeza, tan lento como ella movía su pera. ¿Sería esa historia que me iba a contar la última pista que necesitaba?

—Mhm... Jue justo 'espués 'e una tormenta fuerte como esta, cuando vivía en el campo, a otro la'o 'e las sierras... —Entrecerró un poco los ojos. Ahora sólo se escuchaba el ruido del agua afuera y el agua que hervía. —Jue una tormenta 'e verano, muy, muy *fuerte*.

Respiró lento. Yo, nervioso, me tiré un pedito intentando que saliera sordo.

—Vivíamos en un rancho que tenía más 'e cien años en pie, 'emasiado lejos 'e cualquier vecino o pueblo. No teníamos lu', y nos habíamos queda'o sin velas... —Seguía mirándome fijo a los ojos mientras hablaba en voz baja, y yo no podía apartar la mirada de su cara fea, retorcida y arrugada. —Yovió toooda la tarde y cuando se hizo 'e noche, mama nos dejó a mí y a mis tres hermanas

'ormir en su catre, abraza'as... Teníamos miedo. Pero a mi tata no le gustaban esas cosa', y se levantó.

»Me 'esperté a la madrugada, cuando la tormenta había pasa'o. —Una bocanada de vapor de la taza intacta de té se interpuso entre nosotros, bailando misteriosamente. — Mis dos hermanas chiquitas seguían durmiendo, pero noté que mi mama estaba 'espierta y preocupa'a, mirando pa' juera... «¿Qué pasa?», le pregunté. «Na'a», contestó. Pero entonces me 'i cuenta que tata caminaba alre'edor del rancho...

»Yo lo quería a mi tata, aunque a veces era chúcaro... Muy a la antigua, me 'ecía la mama... Me'scurrí 'el catre y jui a ver qué hacía ahí ajuera... Me acuerdo perfe'tamente qué noche estraña jue aquella...

La Bruja Mirta abrió los dos ojos, que brillaban con una luz lechosa, y sentí una presión en los brazos como si el aire me estuviera compactando. La luz del farol sobre

la mesa estaba cada vez más débil. Sin darnos cuenta estábamos quedándonos en penumbras.

—To'o 'taba inmóvil ajuera 'el rancho. No había na'a de viento, se cortaba el aire con un cuchiyó. No había un ruido, no había estreyas, no había luna... *no había un alma*. —Asintió con la cabeza, abriendo más el ojo chueco. —Di la vuelta al rancho apoyando una mano contra la paré' pa' no tropezar, muy asusta'a, y encontré a mi tatita que caminaba de acá pa' ayá, con una boteya en la mano. Lo primero qu'hizo cuando me sintió a su la'o fue invocar a la Virgen y ordenarme que volviera pa'entro.

Restregué los pies dentro de las zapatillas mojadas. ¿Qué era eso de invocar a la Virgen? ¿Un *exorcismo*?

—Pero antes de que pudiera obe'ecer —continuó—, vimos una lu' en la oscuri'á...

La intensidad del farol tembló, ahora de forma evidente y espontánea, hasta no ser más que una cagadita de luz sobre la mesa. Miré espantado, sin poder abrir la boca, a ese

«sol de noche» y a la vieja repetidas veces, pero ella no se dio por enterada. Ahora sólo se veían los rasgos más sobresalientes de su cara y del gorrito de ducha, el resto se perdía en penumbras a sus espaldas. De no haber sido por la llamita de la hornalla, todo sería negro. Ahora la ropa mojada me estaba congelando hasta los huesos.

—Me acuerdo que tata murmuró «Es la lu' mala», crispao de horror, y que sacó el facón 'el cinto y, sin mirarme, mordió la vaina — Ella hizo el gesto, mordiéndose el meñique—, como si quisiera arrancarle un pe'azo... Yo estaba aterra'a 'e espanto: jamás había visto a la lu' mala, y tampoco había visto a mi tatita asusta'o 'e esa forma.

»La lu' mala era como una esfera blanca, muy blanca, medio ovala'a, que zi'zagueaba, májomenos a la altura 'e mi cabeza, 'e acá pa'llá, entre la tranquera y una hilera 'e árboles... No sé cuánto habrá dura'o, pero me acuerdo que estaba petrifica'a, viendo cómo se hundía y se elevaba según el terreno,

viendo cómo los pastos más altos se 'oblaban hacia ajuera pa' 'ejarla pasar, sin tocarla...

»Y 'e repente 'esapareció. —Yo me sobresalté involuntariamente. —Oí a mi tata gemir y sacarse la vaina 'e la boca...

»Pero entonces reapareció: la lu' mala otra vez, más lejos, al otro lado 'e la tranquera... zi'zagueando. Tuve un impulso y le agarré bien fuerte la mano a mi tata, y él apretó las mías, pero 'espués me soltó y me rechazó... «Me 'tá yamando», 'ijo en voz muy, muuuuy baja... «Me 'tá yamando, ¿ve, m'hija? La lu' mala me 'tá yamando...» Y miraba aqueya lu', absorto.

Ella quedó un segundo suspendida, los ojos abiertos, inmóvil en todo.

—«Hay que rezar el rosario m'hija», ordenó obligándome a arro'iyarme, y eso hicimos, los dos al mismo tiempo, con lo' ojos cerra'os. No era un gacho 'evoto, pero recuerdo que rezamos un rosario má' rápido que una monja 'e clausura.

»Cuando terminamos y nos hicimos la Señal 'e la Cruz, todavía po'íamos ver a la lu' mala dando vueltas por'ai —señaló con la mano a lo lejos, como si se encontrara en ese momento en el campo y no en su cocina—. Aparecía y 'esaparecía... Estaba como a un kilómetro 'e casa y daba círculos en el mismo lugar.

»Mi tata se levantó 'ecidido y repitió: «La lu' mala me yama». Mi mama le gritó 'esde a'entro que no juera, pero él no le hizo caso. Agarró la boteya, le dio un trago, sostuvo el facón en la otra mano, me volvió a ordenar que juera con mi mama y se jue atrás 'e la lu' mala.

»Yo lo miré hasta que cruzó la tranquera y 'espués me jui corriendo de vuelta con mi mama. Eya estaba aterroriza'a, pero no 'ijo na'a. Me abrazó fuerte y empezamos 'e nuevo a rezar y a rezar, to'a la noche, hasta que me que'é 'ormida yorando porque mi tata no volvía...

La luz del farol sobre la mesa terminó de apagarse con un suspiro, y de la vieja bruja vi sólo una silueta negra y el brillo amarillo en sus ojos asimétricos. Mi cuerpo entero era un nervio tenso y mojado, desde las uñas de los pies a los pelos de la cabeza, puro miedo y puro frío. Únicamente tenía sentidos para oír la historia de la vieja e imaginarme todo como si fuera una película de terror.

—Al día siguiente juimos con mi mama a buscarlo al tata, allá 'onde la lu' mala había esta'o 'ando vueltas. No tardamos mucho en encontrarlo: 'urmiendo a pata suelta 'bajo 'e un eucalipto, al la'o de la boteya vacía y una pala. Cuando lo 'espertamos salió corriendo con la pala en la mano.

»Había encontra'o un tesoro enterra'o, nos explicó mientras corríamos. Al acercarse a la lu' mala la noche anterior, sintió cómo el facón era atraí'o por la lu' mala, y en un arrebato, cuando estuvo a menos 'e medio metro 'e la esfera maldita de lu', se arrodiyó en tierra y clavó el cuchiyó ahí, abajo 'e la lu'

mala, haciéndose la Señal 'e la Cruz. Y así cortó el gualicho —Tuve un respingo instantáneo— y la lu' 'esapareció en ese instante, para no reaparecer nunca má'.

»Él volvió a buscar una pala, regresó cerca 'el sitio donde había 'ejado el facón, y se había puesto a chupar pa' relajarse. «El tesoro enterra'o», repetía una y otra ve', mientras él, mi mama y yo andábamos como gallinas buscando maíz, tratando 'e encontrar el facón clava'o en el piso.

»Yo lo encontré primera. Y ahí se puso a palear, esperando encontrar un tesoro... Pero 'el pozo sólo sacó ese prende'or indio... Se 'esilucionó tanto que se pasó una semana chupa'o...

»E' la máscara de un 'ios o un guerrero, emblema 'el sol... ¿Cómo llegó a estar enterra'o ahí? Naidés sabe. Se me ocurre que algún indio o un crioyo lo enterró al acercarse un malón, pero no sé...

Se hizo una pausa como los créditos de una película, en la cual la vieja se movió lentamente para incorporarse e ir a la cacerola, que espumaba y tiraba vapor. Yo, que estaba como un gato mojado y encrespado sobre la silla, intenté volver a usar el cerebro.

¡Tenía que robar el prendedor indio! Tal vez era lo que el brujo indio del jueguito quería. Sí, ¿y después? ¡Usarlo para matar al monstruo que estaba en el living! Se escuchó un trueno a lo lejos, y negué con fuerza contra mí mismo. ¿Cómo usaba el prendedor indio para matar a un árbol?

No, me dije, soy un estúpido. Así como no había pitufos en casa, tampoco había un monstruo para matar: sólo era un árbol. La Bruja podía ser una bruja, pero tampoco tenía que matarla para ganar el juego... Necesitaba el prendedor indio, ¿pero para *qué*?

Mientras pensaba eso, la lamparita del techo parpadeó un par de veces. La vieja inclinó la cabeza y murmuró algo sobre los de la usina.

El prendedor indio... ¡era un emblema del sol! No sabía lo que significaba *emblema*, pero si era del sol, ¡podía hacer que volviera la luz a mi casa! Otro trueno. No, no tenía sentido. La luz parecía depender exclusivamente de esa *usina* de la que todos hablaban.

Pero entonces el prendedor... ¡Sí! ¡Estaba relacionado con la luz mala! La lámpara volvió a parpadear, pero le presté menos atención. La luz mala... la luz mala... No era casualidad que fuera una *luz, imposibel*. ¿Si le regalaba el prendedor indio a Luz, iba a gustar de mí? Otro trueno sonó más cerca. No, no, no creía que a Luz le gustara que nadie le regalara la cara de un gordito con orejas redondas...

La luz mala... la luz mala... ¡lo llamaba al tata de la Bruja, fuera lo que fuera un *tata*! ¡Claro! La luz del techo se prendió y duró como tres segundos, intermitente. Necesitaba ese prendedor porque... ¡porque iba a hacer que Luz me llamara!

¡Por eso me habían estado llamando toda la tarde! ¡Por eso seguía funcionando el teléfono aunque se había cortado la luz! ¡Todo era la pista más obvia del universo!

Automáticamente, levanté la cola de la silla y miré a la vieja, que seguía de espaldas. Estaba decidido: iba a robar el prendedor y volver a casa (la luz empezó a parpadear frenéticamente), y una vez en casa (los truenos también se pusieron frenéticos) iba a sonar el teléfono e iba a atender e iba a ser Luz...

La luz se cortó otra vez. La noche era más espesa que nunca. Pero me sentía un ninja, un guerrero sayayín, un caballero del zodiaco, un Óliver supercampeón del universo.

Estiré una mano y agarré la taza. Con un movimiento olímpico, apunté hacia el culo de Mirta la Bruja y le tiré todo el té envenenado encima gritando re sacado:

—*¡Derrretiteeeeeeee!*

Al instante salté sobre la silla, de la silla a la mesa y de la mesa a la mesada. Pateé la canasta llena de cosas feas, manoteé el prendedor indio y me dejé caer al piso en cuatro patas.

En ese momento la cocina era un quilombo. Mientras gateaba por debajo de la mesa hacia la salida, oí que la vieja maldecía e invocaba a la Virgen (ahora tenía en claro lo que significaba), mientras el caldero hacía un estrépito en el piso y la vieja chapoteaba en el caldo.

Para cuando llegué a la puerta, paraguas en mano, parecía que, según la vieja, yo era un demonio peor que Emiliano. Ja, *imposibel*.

—¡No vuelvas nunca mássss!

Fue lo último que entendí. Pero no me importaba, no me *podía* importar.

Yo corría feliz, sin sentir frío ni nada, con la carita india contra el pecho, bajo la lluvia torrencial y los truenos más salvajes de todos

los tiempos. Crucé la verja de la vieja y la dejé abierta, corrí por la vereda y doblé cerrado para entrar a casa, brinqué sobre la rama del ciruelo y aterricé en medio del living, oscuro, desordenado y mojado.

Pero... ¿por qué no estaba sonando el teléfono? Miré el prendedor indio en mi manito entumecida. La decepción casi me hizo llorar instantáneamente, pero entonces vi que el tubo estaba colgando a un costado. ¡Qué tonto!

Rápido como Chackie Chan, lo puse donde correspondía y dejé la mano ahí, sobre el tubo, esperando que sonara...

Pero no sonó.

Y esperé un rato más, volviendo a sentir frío, tiritando con el viento que entraba por la ventana rota y la puerta abierta, pero no sonó.

Temblaba sobre el charco que brotaba de mi todo mi cuerpo, con la sal de lágrimas y mocos entre la lengua y el paladar, cuando, a

punto de rendirme, pensé que estaba haciendo algo mal. Y un error, justo al final, puede hacer que haya que jugar todo un nivel desde cero...

Apreté la cara, sin bajar el brazo del teléfono, estrujando el prendedor, intentando contener el llanto que me quebraba desde adentro y me obligué a pensar: *¡pistas!*

Nico me había dado el jueguito. Había entrado en lo de Emi, había prendido la compu. Me había llamado la mamá de Luz y había descubierto la contraseña de la compu. Se había cortado la luz. Me había llamado Juli y me había dicho que buscara la Caja de la Luz. Me había llamado Luca, pero sólo para molestar. Me había llamado Nico para darme la pista final. Y la historia de Mirta la Bruja me había mandado de nuevo a esperar una llamada...

Momento: ¿Luca había llamado *sólo* para molestar? Parecía que sí, pero... ¿y si... y si Luca tenía razón?

Un golpe blanco, proveniente de la tele, de la lámpara del techo y de la cocina, me cegó. Parpadeaba, intermitente, indecisa.

Quizás, por una única vez, Luca tenía razón.

Para hacer que Luz gustara de mí (levanté la vista), no tenía que *esperar* a que me llamara... (solté el prendedor y levanté el teléfono). Tenía que ser *valiente* (agarré el cuaderno de comunicados), sí, tenía que ser *yo* (busqué, atrás de todo, la cadena de teléfonos del grado) el *macho* (achiqué los ojos para leer la letra chiquita en la oscuridad) que llamara a Luz.

—«Rooo...dríguez —señalé—, Luz María».

Con el dedo tapé todo salvo el primer dígito, para ir de a poco y no meter la pata.

Al marcar el primer número, la luz eléctrica se estabilizó en una claridad mortecina.

Al marcar el segundo, se intensificó.

Al quinto dígito tuve que entrecerrar los párpados con dolor.

Cuando finalmente escuché el tono, una mano temblorosa me hacía de visera. La casa entera se hinchaba en luz blanca, y un zumbido a insecto metálico me obligaba a pegarme con todo el cuerpo al auricular del teléfono.

—¿Hola? —contestaron del otro lado.

—Bu-buenas... —dije yo, cerrado los ojos—. S-soy Eduardo... —De repente, el zumbido desapareció. —¿Está Luz?

Y con un estallido garrafal, la tele, las lamparitas y cada uno de los enchufes de la casa explotaron en fuego, chispas y humo.

—¿Qué hiciste, Ñomo?

No contesté porque no sabía qué contestar. Pero no tenía miedo. Había pasado por tantas cosas que en mi interior no había lugar para más miedo.

—Mirá esto... —señaló desde el umbral de la puerta, asombrado, alrededor—, ¿vos viste esto?

Me encogí de hombros. ¿Qué le iba a decir?

—¿Ñomo, qué estuviste haciendo todo este tiempo? —me preguntó con un tono de amenaza injustificada.

Lo miré con inocencia.

—Acabo de colgar el teléfono.

Asintió. Me di cuenta de que él estaba tan en bolas ante el desastre de la casa como yo.

—¿Eran los viejos?

—No.

—Ah... ¿No llamaron antes?

Negué.

—Ayudáme a poner unos tupperes abajo de las goteras de la cochera —dije dándole la espalda y yendo a la cocina, a tientas.

—¿No hay luz?

—Se cortó hace varias horas —dije, apagando las hornallas que seguían prendidas y abriendo el cajón de los tupperes— y hace un rato hubo un fogonazo, pero no volvió.

Escuché que se metía en la cochera y después de un suave clic, tan suave y tan simple, volvió la electricidad a la casa.

Las lamparitas del techo de la cocina y del living estaban quemadas, pero Emi fue

probando y pudo prender la luz del espar, la lamparita del mueble del teléfono, la lámpara de pie del estudio de mamá y la del baño. Y prendió la tele. Funcionaba aunque la zapatilla estaba negra y medio derretida.

—En la cochera hay goteras —me dijo como si fuera Colón descubriendo América—. Poné unos tuppers que yo voy a tratar de sacar esta rama para afuera.

Lo miré luchar como un titán, tironeando para sacar al árbol por la ventana, terminando de romper los vidrios que quedaban en pie y fui a salvar goteras.

—¡Traé la escoba! —me gritó, y me pregunté si iba a barrer él o me iba a hacer barrer a mí mientras él criticaba cómo barría—. ¿Dónde está el perchero? —preguntó cuando fui con la escoba.

—En el pasillo de arriba.

Me miró unos segundos, mientras los dos sujetábamos el mango de madera.

—¿Vos lo subiste por la escalera?

Asentí como si nada.

—Mirá, no sos *taaan* debilucho entonces.

No había ningún signo de admiración en su voz. Sólo lo decía como si se acabara de dar cuenta de que, también, tenía nariz y ojos.

—Traé la palita, Ñomo. Barré esto que yo bajo el perchero.

No puedo negar que me indignó recibir tantas órdenes de su parte, especialmente porque ni siquiera atinó a ir a buscar el perchero como había dicho.

—Los viejos deben de estar por llegar —dijo mientras se quedaba mirándome—. Después de barrer ahí, ordená tus cosas de la cocina.

Mientras lo hacía, él salió a sacudir los almohadones del sofá, sucios con las hojas que entraron por la ventana. Ahora la lluvia empezaba a amainar.

—Tomá, secáte.

No lo había oído llegar por detrás, y por un momento creí que me iba a pegar, pero sólo me alcanzó un toallón.

—No tengo frío.

Lo admito: la palabra *gracias* en ningún momento se me cruzó por la mente.

—A mí me da igual, pero te podés morir de una pulmonía con lo mojado que estás.

Sonreí, restregándome un poco el pelo. El calor que me abrigaba era interno. Jamás me iba a enfermar un poquito de agua.

Emi me miró unos segundos más sin decir nada y se fue escaleras arriba. Yo terminé de armar la mochila, esperando de un momento a otro escuchar su grito enfurecido de hermano mayor como en el final de *Mi pobre angelito*, pero lo único que escuché, con el corazón acelerado, fue un auto que frenaba enfrente de casa y mamá que llegaba apresurada.

—¿Pero qué pasó, pero qué pasó? —fue lo primero que dijo. Se detuvo en medio del living, chorreando agua de su sobretodo y con el paraguas y un tubo de plástico en la mano. —¿Edu? ¿Eduardito...? ¿Emiliano?

Emi no contestó, pero yo aparecí frente a ella, realmente preocupado, sosteniendo el papelito y el billete que hasta recién habían estado pegados en la heladera.

—Perdón, ma —dije, y me fue imposible contener un pucherito: tanto que había deseado verla hoy, y ahora que finalmente volvía, me daba culpa—, me olvidé de hacer las compras... Me olvidé por completo...

Me sacó las cosas de la mano de un tirón, se arrodilló adelante de mí y me abrazó bien, bien fuerte. ¡Ah, aunque estábamos empapados, eso sí era calentito!

—¡Mi amor! ¡No te preocupes por eso! Ahora papá va al súper...

¡Qué alivio que sentí! Pude responderle al abrazo con cariño glotón, aunque enseguida me separó.

—¿Qué pasó acá, Edu?

La miré a los ojos, muy próximos a los míos, y desvié la mirada.

—Ss...se cortó la luz —resumí—. Se largó a llover y se cortó la luz con un rayo... —¿Por qué me temblaba la voz? —Intenté que volviera pero no... no podía y...

—*¡Mamma mía!*

El grito de papá, que acababa de entrar por la puerta y pasaba un dedo, atónito, por el marco vacío de la ventana, me sacó el puchero y hasta me dio ganas de reír.

—Edu no pudo ir a hacer las compras por la lluvia —dijo mamá dándose vuelta un instante—. ¿Podés ir vos, gordo? Manteca de la grande, media docena de huevos (no los colorados) y una leche larga vida. ¿Te vas a

acordar? No vayas a lo de la gorda que se queda charlando media hora, andá al súper.

Papá suspiró con cara cómica, sin dejar de sorprenderse por el lío que era el living (no podía imaginarme la cara que hubiera puesto si llegaba diez minutos antes), asintió y se fue de vuelta al coche, repitiendo manteca grande, media de huevos, leche larga vida.

—Bueno, ¿y?

Mamá volvía a mirarme intensamente, como cada vez que quería saberlo todo... Pero esta vez, simplemente, no *podía* contárselo todo.

—Me dio miedo —decidí decir, eligiendo cada palabra, cuidándome de no hablar de más—. Creí que había pitufitos por toda la casa y... empecé a buscar la Caja de la Luz...

—¿La que está en la cochera?

—Ajá. Y no funcionó... Se me rompió la linterna y me dio miedo de nuevo. —Miré para un costado, tratando de recordar cosas

que podía contarle sin que me delataran. —
Me trepé a la guardilla y me caí.

—Pará, *¿qué?* ¿Te lastimaste? ¿Para qué
trepaste a la buhardilla?

—Me torcí un pie pero ya estoy bien. Y ya
te dije: buscaba la Caja de la Luz...

Y se rio.

—Esa imaginación tuya... A ver, mostráme
esa patita.

Por fin pudimos cambiar de posición. Creí
que si seguía así, frente a ella, no iba a
sobrevivir el interrogatorio.

Me eché al piso bocarriba y me hizo sana
sana en el pie: a esa edad todavía funcionaba.

—¿Y qué pasó con la ventana? —preguntó
después, mientras se paraba e iba a
inspeccionar la cocina.

—El ciruelo atacó y atravesó todo el vidrio.

—¿Y te dio miedo?

Asentí haciendo otro puchero, pero por el show nomás.

—¿Y acá qué pasó?

Mamá señalaba un manchón negro abajo del espar, pero antes de que pudiera contestar, Emi bajó de la planta alta arrastrando el perchero.

—¿Por qué no me pasaron a buscar por lo de Mica? —reprochó, insensible—. Los estuve esperando una hora.

—Perdón, corazón, la verdad que ni nos acordamos. Y muchas calles están cerradas, fue un caos volver. ¿Te mojaste mucho?

—No tanto, esperé a que parara. ¿Pero viste qué desastre, vieja? Mejor que llegué antes que ustedes, no sabés lo que era. —Se acercó a donde estábamos nosotros y me puso una mano, pesada y peluda, en la nuca. —Encontré a este llorando en un rincón.

—¡*Mentira!*

—Jajaja —se rio, zarandeándose con algo de brutalidad, sin mirarme—. ¡Y te llamaba: «Mamita, mamita, volvé, mamita»!

—¡Mentiroso!

Mentiroso hijo de puta pelotudo de mierda puto tarado forro conchudo, eso le quería gritar, pero me sacudía con un compás tan rudo que no podía ni articular.

—Bueno, basta, Emi, no me parece chistoso —dijo mamá de mal tono, refregando la esponja contra la macha negra—. No me imagino lo que Edu habrá pasado tantas horas solo, con la imaginación que tiene. Si vos te hubieras quedado solo a los seis años y se cortaba la luz, lo más probable es que incendiaras la casa intentando prender una vela.

Yo me mordí la lengua y sentí algo así como remordimientos.

—Probablemente, probablemente —admitió con soltura—. Che, Cabezón, vení

conmigo... —y me arrastró con él—, entró agua por la ventana de mi cuarto y necesito tu ayuda...

Y así me alejó sin miramientos del aura cálida de mamá, que seguía intentando sacar la mancha negra.

—¡Primero ayudálo a ponerse ropa seca!

—¡Sé hacerlo solo! —grité, luchando contra Emi escaleras arriba.

Pero Emi no me ayudó ni a sacarme el guardapolvo. Sin palabras me arrastró a su cuarto, me tiró al piso y cerró la puerta en silencio.

Yo me quedé ahí tirado, sin levantar la cara, sin miedo pero con una especie de furia hacia todo. Emi me debía de estar observando desde lo alto, como un juez despiadado.

—¿Cómo entraste, Ñomo?

—Te robé la llave mientras hacías pis.

Contesté rápido, lisa y llanamente con la verdad. Desde el momento en que, apenas cortado el teléfono, lo había visto llegar, sabía que esta situación era irremediable.

Emi demoró un rato con su nueva pregunta.

—Sabés que eso se castiga con la muerte, ¿no? —No contesté. —¿Y por qué querías...?

—Para usar tu compu.

—¿Para?

—Un jueguito que cumple deseos.

Se rio por la nariz. Se agachó y prendió la compu, que empezó a traquetear y acelerar.

—Vamos a ver cómo es eso... Y decíme, mientras estabas acá... ¿viste algo más?

Dudé.

—Sí —lo saqué de mi bolsillo y se lo mostré—, mi tamagochi, forro.

El odio que infundí a mi voz no lo alteró para nada. Por primera vez cruzamos miradas y me sorprendió ver que la suya, aunque me observaba, estaba en otra parte.

—Ah, sí, te lo iba a dar más adelante...
¿Encontraste algo más?

Negué mientras devolvía el tamagochi al bolsillo. Pero de repente me paralicé.

—¿*Quéee?* —me pregunté a mí mismo, atónito, poniendo el tamagochi frente a mis ojos—. ¡*Está vivo!*

¡Estaba vivo! ¡Mi tamagochi, muerto de hambre hacía siglos, asesinado por Emiliano, estaba *vivo!* ¡Recién nacido, pidiendo comida! Lo alimenté enseguida, sin prestarle atención a nada más.

—¿Qué pasa, Ñomo?

—¡Mi tamagochi está vivo! —respondí, eufórico, acariciándolo con fuerza—. ¡Es increíble, Emi, mirá, mirá, está *vivo!*

Se agachó, me puso una mano sobre el hombro, aplastando mi felicidad, y me miró serio.

—Lo increíble es que hayas aprendido a hablar bien, *Cabezón*...

Tardé un segundo en entender...

—Increí-ble...

Guau. Me había salido bien...

—Ahora. ¿Qué más viste?

¿Yo qué sabía qué más había visto? ¡Mil cosas! ¡Su cuarto roñoso, un brujo indio, un trueno demoledor, mil explosiones, el prendedor indio, un árbol monstruo, de todo!

—Edu, miráme.

Me agarró fuerte de los cachetes y me hizo mirarlo, bien de cerca. Sentía su aliento en la cara, que olía re feo. Le veía ese bigote finito sobre el labio carnosos. Y sin embargo, no lograba infundir miedo como otras veces.

—Encontraste mi encendedor, ¿verdad? Lo dejaste en el pasillo, ¿te acordás?

Asentí, prisionero entre sus garras.

—¿Sabés qué más había con el encendedor?

Volví a asentir. «Un poco de yerba», quería decir, pero me apretaba muy fuerte.

—Ahora, ¿sabés que eso es un problema para vos y yo...?

Negué.

—Sí. Si mamá y papá se enteran que... —
Lo que vi en ese instante, lo que había en sus ojos, era miedo. Miedo de mí, de lo que yo sabía. —...si se enteran que... fumo. Que fumo *eso*, me pueden castigar, me pueden echar de casa, o peor. No sé. ¿Entendés?

Asentí, absorto. ¿Fumar?

—Y vos no querés que eso pase, ¿no?

—¡Sí que quiero! —grité, sacándome su manota de encima y retrocediendo culo para

atrás. ¿Era chiste? ¡Iba a ir corriendo a decírselo! —Le voy a contar todo a mamá así te echan, ¡te echan! ¡Te ponen preso! ¡Y yo voy a ser feliz, feliz como un molinete en celo!

Emiliano empalideció. Se incorporó y volvió a mirarme desde arriba.

—Edu... —susurró, serio, desencajado—. Juro que si no decís ni una palabra, no te voy a volver a maltratar...

Lo miré con una desconfianza más grande que una ballena.

—*Lo juro*, Edu. La primera vez que te maltrate, que te haga un solo coquito, podés contárselo, ¿te parece bien?

Seguí mirándolo así. Su respiración pesada y el sonido de la compu, que recién terminaba de iniciar, era lo único que se escuchaba en su dormitorio. Afuera ya no llovía.

Sí... ¿por qué no? Podía divertirme mucho, podía, por primera vez en la vida, maltratarlo

yo a él, porque si le decía a papá y a mamá que Emi tenía un encendedor en su cuarto, lo iban a echar de casa, así de simple...

—Acepto —dije finalmente, parándome—. Pero para demostrar que decís la verdad, tenés que dejarme que me tire un pedo un tu cara, y te lo tenés que respirar.

Arqueó una ceja. Yo me mantuve firme.

Pero se dio vuelta, negando con la cabeza, y se sentó frente a la computadora.

—¿Cómo supiste la contraseña? —me preguntó, intentando cambiar de tema.

—¿Y el pedo?!

—¿De verdad usaste mi computadora? —insistió, escribiendo la contraseña.

—Sí. El osito me la dijo...

Emi me miró mientras se cargaba el inicio de pantalla, y esta vez arqueó las cejas y la boca, como si admitiera una mínima derrota.

—Aunque no sabés qué significa estar en celo, sos bastante inteligente, Ñomo ¿eh...?

Me mordí el labio: no iba a admitir no saber algo (fue la hermana mayor de Nico la que, dos días después, me sacó de la duda), porque Emi era el menos indicado para decidir si yo era inteligente o no.

Y estaba a punto de decirle que era la contraseña más tonta del mundo cuando, con un movimiento repentino, Emi apagó la pantalla, giró el monitor hacia la pared, y se volteó, bloqueando con su cuerpo todo el escritorio.

—¿Cuál es la contraseña?

Había pánico en su voz.

—Florteamo.

Abrió los ojos enormes.

—Ñomo... Ñomo... ¿vos de verdad usaste mi computadora...? Vos... ¿vos viste el fondo de pantalla...?

Hice memoria, pero no pude. ¿Cuál era el fondo de pantalla?

—Sí, pero... —Emi contuvo el alma entre sus labios—, no me acuerdo. No lo entendí.

—¿En serio?

Estaba pálido. Lo miré y me rasqué la oreja. ¿Qué le pasaba? Estaba más bobo que de costumbre.

—Sí.

Suspiró aliviado, se aflojó todo y se dejó caer sobre la silla. Pero no volvió a prender el monitor.

—Y... —le costaba encontrar las palabras, como si estuviera shockeado—. ¿Y para qué me dijiste que querías la compu?

—Para jugar a un juego que cumple deseos.

—¿Qué juego es ese?

¿Cómo era que se llamaba? No me acordaba el nombre escrito en el CD ROM, así que me

adelanté y apreté el botón de la bandeja. Pero al hacerlo me di cuenta que estaba entreabierta, atascada. Metí uña y pude abrirla del todo y vi, consternado, que el CD ROM se había derretido por completo. ¡Chau! Ido para siempre.

—¡Nooo! —grité, y lo saqué del CPU con cuidado.

—¿Qué pasó?

—El... el rayo lo derritió... —dije, todavía sin creerlo, analizando ese inservible pedazo de plástico que tenía entre manos. El juego más poderoso del mundo, derretido... El nombre en fibrón negro era ilegible. No lanzaba más destellos de arco iris.

—¿Qué juego es ese? —repitió, sin ningún interés real de su parte.

—Uno que te cumple un deseo, ya te dije —mi voz estaba cargada de bronca, como si él hubiera derretido el CD ROM a propósito.

—¿Y qué deseo pediste?

—¿Qué te importa?!

—Jaja, ¿Se te cumplió?

No le iba a contestar.

—¿Tiene algo que ver con esto? —me preguntó, mostrándome la hoja de dibujo donde estaba mi mapa de todas las porquerías que Emi tenía sobre el escritorio.

—No, tonto. Eso es un mapa, ¿no ves?

Lo miró de arriba y de abajo, lo dio vuelta y lo volvió a mirar, negando.

—Si vos decís... ¿Pediste que yo me muera?

—Ese iba a ser mi segundo deseo —respondí, creyendo que tranquilamente podía ser verdad, aunque hasta ese momento no había pensado en jugarlo de nuevo para pedir otro deseo.

—Y decíme... el deseo —ahora sí demostraba interés—, ¿tenía algo que ver con Luz Rodríguez, tu compañerita?

Y me miró de soslayo, con una sonrisita en la boca, mientras a mí se me helaba la sangre.

—¿Qué, *Cabezón*? ¿No sabías que Mica es la hermana de Lucas, tu amigo?

No podía ser. No podía *ser*.

—Es *Luca*, ¡y no es mi amigo!

—¿No? A mí me cae bien... —comentó, acentuando su sonrisa—. Tuvo razón al sacarte la cartita que le habías dado a Luz. Un hombre no se le declara a una chica con cartitas.

¡Ahí estaba otra vez esa estupidez!

—...No a una chica tan linda como Luz. Y no con corazoncitos dibujados arriba de todo. Mirá, si Luz la veía, no podías llegar a ser su novio nunca. Lucas te hizo un favor cu-

—¡Luca se le declaró a Luz y Luz lo rechazó, y me tenía envidia! ¡Lloró mientras lo llevaban a Dirección después de que le reventé la cara de una piña!

—¿Qué? ¿Lo fajaste a Lucas? ¡Eso no me lo contó! —Parecía divertido. —Creí que eras mariquita para las peleas.

—¡Yo siempre me peleo! ¡Hoy le di una patada voladora a un chico de segundo!

—¡Faaa! ¿De segundo?

¡Ufffff!

—¡Además —Contenerme fue imposible— hoy hablé por teléfono con *Luz*! ¡Yo la llamé! ¡A su *casa*!

Temblaba de impotencia. ¡No digo que me dejara tirarme un pedo en su cara, pero que al menos reconociera que no era un mariquita, como él repetía y repetía!

Me miró con un dejo de simpatía, asintiendo.

—Te gusta de verdad esta Luz, ¿no?

Me ruboricé. Sí. ¿Y qué?

—¡Eduu!

El grito de papá, desde abajo, interrumpió nuestro diálogo tan fuera de lo usual.

Emi me interceptó antes de poder dar un paso hacia la puerta.

—¡Ahí baja, en un segundo! —gritó, mirando el picaporte—. Hagámos esto, Ñomo.

Y contra todo pronóstico, contra toda lógica, vi que me miraba fijo, vi que me sonreía de una forma que nunca le había visto hacer (y nunca más le vería, lamentablemente), vi que se ponía en cuatro patas, lo vi cerrar los ojos y esperar.

Yo, azorado, embriagado de una sensación de poder que colmaba todo mi cuerpo, me di media vuelta, sacando el culito hacia su nariz, e hice fuerza.

—¡Edu, no hace falta que bajes! —gritó papá, mientras yo seguía ahí, en un éxtasis—. ¡Gracias por grabarme la pelea, campeón!

Y seguí haciendo fuerza, mientras la nariz de Emi se mantenía a pocos centímetros de

mis nalgas, mientras él se obligaba a cerrar los ojos, esperando la ejecución.

Y seguí haciendo fuerza, sonriendo, sin entender de marihuana y de fondos de pantalla porno, sin entender por qué Emi se había puesto en cuatro patas o por qué el CD ROM se había derretido. Sin entender por qué el tamagochi en mi bolsillo, al lado del prendedor indio, me pedía que lo sacara a pasear. Sin entender por qué no lograba tirarme un simple (pero autoritario) pedito de una vez por todas y empezar una vida nueva.

Fin.

*(Christchurch, Nueva Zelanda,
2 de Julio del 2014)*